

# La Ilustración Artística



AÑO XXVII

← BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1908 →

NÚM. 1.406

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VENDEDORA DE FLORES, cuadro de Antonio Pesne (1683-1757)

que se conserva en la Pinacoteca de Munich



## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Polichinela*, por Hugy Mario. — *Fray Cristóbal de Torres*, obra de Dionisio Renart. — *La restauración de «La Cena» de Leonardo de Vinci*. — *San Petersburgo. Entierro del Gran Duque Alejo de Rusia*. — *Barcelona. «Meeting» del Noguera-Pallaresa*. — *Zaragoza. Peregrinación americana*. — *París. El proceso Steinheil*. — *San Sebastián. Entierro del ministro del Japon*. — *El vellocino de oro*, novela ilustrada (conclusión). — *Kursaal de Barcelona*.

**Grabados.**— *Vendedora de flores*, cuadro de Antonio Pesne. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *Polichinela*. — *Fray Cristóbal de Torres*, estatua en bronce, obra de Dionisio Renart. — *La Cena*, fresco de Leonardo de Vinci, restaurado por Luis Cavenaghi. — *Entierro del Gran Duque Alejo de Rusia*. — *Barcelona. «Meeting» del ferrocarril del Noguera-Pallaresa*. — *Zaragoza. Acto de la entrega de las banderas por la peregrinación americana*. — *Aspecto de una de las principales calles de Londres a la salida del público de un teatro*, dibujo de F. Matania. — *El pintor Steinheil, su esposa y su hija Marta*. — *San Sebastián. Entierro del ministro plenipotenciario del Japon en España*. — *Kursaal de Barcelona*. — *Jubileo sacerdotal de S. S. el papa Pio X. Exposición de regalos*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os gustan los espectáculos solamente visuales? ¿Por ejemplo, los cinematógrafos?

De su incremento y difusión nadie puede dudar. Hemos llegado al extremo de que haya cinematógrafos (transeuntes, naturalmente) hasta en las más apartadas aldeas, a las cuales, por otra parte, han llegado también los fonógrafos, los gramófonos, las pianolas y los Angelus. Todos los refinamientos, en suma, de la más avanzada civilización moderna.

Y vuelvo a preguntar: ¿os gustan los cinematógrafos? Como no es fácil oír la respuesta, opto por preguntármelo a mí misma...

He aquí que, al definir la impresión que el *cine* me causa, se me ocurre mirarlo desde el punto de vista literario, y establecer ligeras comparaciones con la literatura.

Hay en los *cines* dos elementos. Uno realista, otro de falsedad y ficción. El primero me es simpático; el segundo no puede menos de infundirme cierto desdén, obligándome, sin embargo, a serias reflexiones.

De dos clases son las películas cinematográficas. O reproducen cuadros que da hechos la realidad, ó escenas compuestas artificialmente, y que las más veces son verdaderas historietas ó cuentos inventados *ad hoc*. También se da el caso de que cuentos é historietas, ya conocidas, se adapten á la exhibición cinematográfica. Así sucede con las tan celebradas y predilectas de la gente menuda el Ogro, Pulgarcito, Cenicienta, el Gato de las botas, Capercucita colorada, la Bella dormida en el bosque y otros infinitos, sea de Perrault, sea de sus imitadores y del fondo folklórico ó popular.

Menos mal entonces. Todo el mundo recuerda su niñez, y en ella brillan con chispazos de magia esas historias morales y aterradoras, que nos desvelaron con delicioso miedo. Lo terrible es la fantasía de los modernos, las historias y anécdotas *discurridas* para *libretos*, por cada uno de los cuales—según he oído decir—se pagan cien francos... ¡Imaginense ustedes lo que imaginarán los imaginadores! Parten los corazones las cosas que suceden y que presenciamos con escalofrío—es un modo de decir.—Ya es un niño robado de su cuna por una tía Marizápalos, oculto en el zaquizamí de la misma, y á quien un fiel perro de Terranova, guiado por el rastro y supongo que por el arcángel San Rafael, al través de obstáculos y estorbos sin número, vadeando ríos y saltando muros, descubre y recobra y presenta á los padres, que lloraban desconsolados la pérdida del pedazo de sus entrañas. Ya es una bellísima joven, salvada de la marea alta por los torrerros de un faro, de la cual se prendan los dos, y por la cual se dan de puñaladas ó de mordiscos ó no sé de qué, cayendo ambos sobre los escollos y quedando muertos allí mismo, hasta el día del Juicio final. Ya es un padre que, para desembarazarse de un marinero pretendiente de su hija, sierra el palo mayor de una lancha, y después, torturado por el remordimiento, ve alzarse del agitado seno de las olas las figuras acusadoras de sus víctimas, de los que naufragaron por su causa.—Lo cómico corre parejas con lo trágico. Uno de los elementos cómicos favoritos del *cine*, es la subida rauda y veloz por una pared vertical de una serie de automóviles, carros, bicicletas, triciclos, carretillas, coches de punto, caballos, burros, personas, en persecución de cualquier malhechor, ó sencillamente de un aturdido, que les ha tropezado y á quien se proponen detener. Este *truc* debe de ser de los más fáciles, y consistir bueneramente en pintar una decoración de pared y extenderla en el suelo. El efecto, sin embargo, es infalible: el público se descalza de risa

ó se pasma de admiración ante el maravilloso caso de que trepen por una casa arriba tantos vehículos y tanta gente... sin despeñarse, como si llevaran sintético en las ruedas y en los zapatos...

La evidente complacencia del público en los cinematógrafos y la acogida que dispensa á estas invenciones literarias, morales y gimnásticas, no deja de sugerir reflexiones desagradables á los que un día y otro estamos pendientes de la misma colectividad. Este monstruo, este público de nuestros afanes, ¡qué fácil y qué difícil es de cautivar; qué benévolo y qué exigente; qué cosas traga y qué cosas repele!

Y es imposible que una concurrencia demuestre mayor satisfacción ante un espectáculo, que demuestra la de los *cines*. Verdad que en ella abundan los niños, y la frescura de sensaciones del niño ¡es un elemento tan precioso! Todo le conmueve; todo le hace palmotear; todo le arranca exclamaciones de alegría ó de miedo. Cuanto más absurdo sea lo que desfila ante sus ojos, más le arrebatada de admiración. Los ¡aaah!, los ¡oooh! de los pequeños, entre la obscuridad, hacen un ruido como de aire en las frondas. Dijérase que se escucha el golpeteo de sus corazones emocionados. ¿Qué saben ellos de si la fábula es ridícula y sensiblera? Para ellos no hay Shakespeare, no hay *Iliada*, no hay Cervantes; para ellos, el arte no podrá jamás producir obra maestra como la anécdota del perro de Terranova salvando, en su bocaza, á la criatura robada por la hechicera á fin de darle martirio...

Así es que los autores para cinematógrafo, convencidos de que su victoria la asegúra la chiquillería, reservan á los niños el lugar más eminente entre sus héroes sentimentales. Un cultivador bretón, martirizado por una gavilla de bandoleros llamados *chouffeurs*, sucumbe á los crueles tormentos; su hijo, niño de unos diez años, juró vengarle—y, en efecto, uno por uno, con precisión matemática, va despachando de un balazo á los siete bandidos, después de persignarse devotamente... Otro niño, menor aún, defiende y salva á su hermanita, rescatándola de manos de otra gavilla que se ha apoderado de ella. Ya es un niño que adivina y denuncia al asesino de su madre; ya es una niña, recogida por unos ricos, acusada por la tunanta de la cocinera de haber robado las joyas de la señora, encarcelada y cuya inocencia se descubre al fin mediante los lances de un incendio... Estos dramas de chicos alborotan á los chicos, les hacen soñar, les vuelven locos... Y al otro día, con lágrimas y pucheros, piden que les vuelvan á llevar al cinematógrafo, donde hay pequeñuelos que son héroes, y nenitas que por milagro no se las merienda un tigre ó no las retuerce el cuello una bruja...

No tiene este espectáculo, según parece, más que dos inconvenientes: el peligro de incendio, siempre inminente, y el de la vista, que sufre con el parpadeo y las rápidas transiciones de luz. Están recomendados los gemelos de cristales ligeramente verdosos y la intermitencia, es decir, el no ir todos los días á imponer á los ojos violentas y prontas contracciones. Lo segundo me parece doblemente fácil que lo primero, pues á pesar de haber leído en una docta revista lo de los vidrios teñidos de verde, no los he encontrado en el comercio, no sé que los venda nadie. Hay prescripciones científicas más malas de seguir...

Volviendo al *cine*, confesaré que las películas limitadas á reproducir espectáculos y cuadros de la naturaleza y la realidad, me gustan muchísimo. La agitación magnífica del mar, las cascadas y sábanas de los grandes ríos del Nuevo Continente, la subida de la marea, el avance y paso de un tren, los efectos de países nevados, de patinaje, de *yachting*, de otros varios deportes, donde se ve que la escena ha sido sorprendida y no preparada y ejecutada por *clowns*, mimos y acróbatas, son hasta bellos, con la sencilla é intensa belleza de la verdad. Y he aquí cómo las teorías ortodoxas de estética pueden aplicarse hasta á los cinematógrafos—y salir confirmadas.

\*\*\*

Ha muerto el mañoso Sardou, rey de los éxitos teatrales. Sardou no era un dramaturgo desdeñable, un Comella; pero de Shakespeare andaba más lejos aún. No se ha olvidado la terrible diatriba de Zola, en la cual, después de enumerar todas las ventajas por Sardou conseguidas—fama mundial, hotel, coches, millones—á cada párrafo se repetía el estribillo: «Tiene todo esto...», pero no tiene mi estimación literaria.»

Sin extremar tanto los juicios, yo no negaría á Sardou la estimación, pero si la admiración, que no debe otorgarse á los hábiles, sino á los fuertes.

A una voz dice hoy la prensa—anticipándose con severidad á lo que puede suceder dentro de diez ó

doce años—que nada quedará en pie del teatro de Sardou. Nada, ni siquiera la graciosa y expresiva *Madame Sans Gêne*, esa *Pepa la frescachona* elevada á lo épico, con cuya historia más ó menos adulterada han conseguido tan prodigiosos llenos las compañías, no sólo de allende el Pirineo, sino hasta de aqueudo.

¡Peregrinos misterios los del teatro! Dijérase que, para escribir obras dramáticas, necesitan reunirse y yacer en uno la literatura y la habilidad; pero que, apenas se han juntado, la habilidad—como los ogros de los cuentos—ha menester degollar á su compañera, y esconder su cadáver en algún gabinete de Barba azul.—Los grandes proveedores de teatro no pueden prescindir de ser algo literatos; sin embargo, la literatura, en primer término, les dañaría. Así sucedió con Scribè, y así con Sardou, opulento, célebre, universal autor.

De cierto no era un ignorante, al contrario: sus obras están fundadas en estudios y en acopio de datos muy abundantes. *Madame Sans Gêne*, *Termidor*, *El asunto de los venenos*, *Tosca*, *Fedora*, revelan un conocimiento suficiente de los períodos históricos; el conocimiento que basta para no dar notas tan ridículamente anacrónicas é inverosímiles como las que dió Cátulo Mendes en su *Santa Teresa*. Dramaturgos como Sardou se ven obligados á hacer con la erudición histórica lo que con el arte literario: servirse de ellos y relegarlos al almacén de los trastos, así que han servido. No se le exigiría nunca á Sardou la exactitud nimia, la escrupulosidad; pero él comprendió que se le exigiría una apariencia de exactitud, una cáscara que revistiese á sus personajes de aspecto adecuado al momento en que nos los presenta. Y esto lo supo hacer, con destreza suma, el gran ebanista dramático, fuerte en ensambladuras, incrustaciones, labor de taracea y gracia para articular sus «muñecos.»

Tampoco ha de negársele á Sardou el don de evolucionar de acto á acto, con certero instinto, previniendo la monotonía y el cansancio del espectador. Sus *fondos* son de los que ya desde el primer momento preparan al auditorio á lo que va á suceder. Todo se une para el resultado apetecido: el arte del decorador viene en auxilio del arte del dramaturgo; la indumentaria, pintoresca, entretiene tanto ó más que el diálogo. Recuérdese el obrador de plancha del primer acto de *Madame Sans Gêne*; el lavadero, el patio de la prisión, en *Termidor*; la plataforma del castillo de Santángelo, en *Tosca*. Los dramas han de desarrollarse en alguna parte, es indiscutible; el toque está en que el *fondo* se elija de manera que ya desde el primer instante determine emociones del mismo género que los sucesos que vamos á presenciar. Y en esto es donde se ve la cuquería, la sagacidad de autores como Sardou.

Sin duda que el público, á tener verdadero sentido artístico, hubiese otorgado á obras teatrales como la maravillosa *Resurrección*, de Tolstoy, ó la terrible *Teresa Raquin*, de Zola, los llenos y el prolongado éxito que gozaron las «máquinas» del autor de *Termidor*. Sí, eso debiera ser..., pero no es, y quizás no será nunca. Estarán siempre en minoría los que buscan en el teatro algo más que el entretenimiento. Y todavía, los que asisten al drama efectista de Sardou son superiores á los que sólo quieren en el teatro «reirse», porque «demasiados disgustos hay en la vida.»

No faltaron, sin embargo, á Sardou esos contratiempos que no ha evitado ningún dramaturgo. Su primer estreno—*El bodegón de los estudiantes*—no fué sólo un fracaso, sino un pateo y silba que se oyeron á diez leguas. Por largo tiempo, este percance impidió que le admitiesen obra alguna los empresarios teatrales. Recordábase la fatídica noche—sin tomar en cuenta la conjura que provocó el escándalo—y se repetía: «¡Ah! ¡El del *Bodegón*! ¡Nunca!»

Y aun después que «el del *Bodegón*» hubo ascendido en triunfo, llevándose de calle á los públicos y embolsando cientos de miles de francos por temporada, otra obra suya, *El cocodrilo*, cayó al foso de una vez, en un acceso de mal humor repentino de «la fiera». No se encontró explicación al fenómeno, pero así sucedió, y no podía negarse que el público rechazaba al anfibio, sin apelación ni misericordia. Hoy, todos los que consagran á Sardou necrologías y conmemoran, al par que sus victorias, sus caídas teatrales, añaden esta advertencia: «Las obras que se le rechazaron á Sardou ni eran mejores ni peores que las tan aplaudidas y representadas.»

¡Oh eterna esfinge del teatro! Las nueve décimas partes de las veces, así es... Y también la ley que se aplica á Sardou—anunciando la pronta caducidad de sus obras *hábiles*—no falla nunca.





Llenos de lágrimas los ojos leyó la misiva concebida en los siguientes términos

POLICHINELA (1)

Aquella mañana Alina había recibido de su padrino un hermoso polichinela, uno de esos juguetes lujosos que son la admiración de los niños ricos y hacen asomar miradas de envidia á los ojos de los desheredados.

Y Alina, encantada de aquel regalo, no quería dar su acostumbrado paseo matinal.

—¡Oh, mamá! ¡Hoy no!, había dicho suplicante.

—Sí, hija mía, es preciso que salgas todos los días, haga el tiempo que haga; el doctor lo ha recomendado.

—Pues entonces saldré con Polichinela, ¿quieres?

—Ya que así lo deseas...

Y Alina había echado á correr sonriente y apretando fuertemente el muñeco sobre su corazón.

En un periquete estuvo la niña en la calle, que cruzó rápidamente y sin mirar á su alrededor.

De pronto oyese un grito horrible y el ruido de un automóvil que se detiene en seco.

Alina ha caído; su polichinela ha ido á parar debajo de las ruedas del pesado vehículo quedando en un estado lamentable.

La niña está tendida en el suelo, inmóvil y pálida, pero ilesea... Junto á ella, desmayado sobre el arroyo, un muchacho de nueve ó diez años.

La criada acude velozmente y levanta á la hija de sus amos; la gente curiosa que la rodea hace lo mismo con el muchacho, cuyo brazo está desgarrado por una profunda y horrible herida.

—Hay que subirlo á casa, dice la fiel sirvienta, que se identificaba con sus señores hasta el punto de decir siempre «mi casa.»

El médico, llamado á toda prisa, tranquilizó á los padres de Alina, que sólo había sentido los efectos de un gran miedo; en cuanto al muchacho, la cosa no se presentaba tan sencilla, pues la herida de su brazo necesitaría seis semanas de cuidados asiduos.

Era un jorobadito, flaco, de aspecto enfermizo, de aire tímido y miserable, cubierto de sórdidos harapos... Los testigos presenciales del accidente habían visto cómo cogía bruscamente á la niña y la arrojaba á un lado; era, pues, evidente que se había sacrificado por ella y que la había salvado de una muerte cierta.

—Yo me encargo de él hasta su total restablecimiento, dijo la madre de Alina.

El muchacho se llamaba Jorge y tenía once años; su madre había muerto, no había conocido á su padre y vivía miserablemente con unos italianos que le

obligaban á pedir limosna y le pegaban sin compasión.

—Aquí te cuidaremos bien, díjole la señora de Vernay, en recompensa de haber salvado á mi hija.

—Es usted buena como la Virgen, respondió Jorge.

\* \*

—A pesar de todo, no podemos adoptar á ese muchacho, dijo un día el Sr. Vernay á su joven esposa.

—Todo depende del modo como entiendas la adopción, contestó aquélla. Si el adoptarlo significa colmar á ese niño desconocido de regalos y de trajes en perjuicio de nuestra Alina, claro que no lo haremos; pero si sólo se trata de curarlo, de enviarlo á la escuela municipal, que no cuesta un céntimo, de vestirle decentemente y de mantenerle, creo que bien podemos hacerlo.

—Con tal que no te apartes de este programa, consiento en ello; y cuando el chico haya recibido su instrucción primaria, podremos darle ocupación en casa ó hacerle aprender un oficio que asegure su porvenir.

Jorge sanó, y el día de año nuevo el Sr. Vernay, satisfecho del muchacho, que se portaba muy bien en la escuela, que era cuidadoso de su ropa y que se mostraba respetuoso y dócil, le dió como aguinaldo cinco francos.

—¡Cinco francos, señor! ¡Es demasiado, es una fortuna!

—No, hijo mío, tómalos; quiero que los gastes á tu antojo.

Jorge dió cien vueltas á la moneda, después salió á la calle y contempló lentamente los hermosos aparadores de las tiendas resplandecientes de luz.

De pronto lanzó un grito de alegría y entró en un bazar de juguetes.

Alina echaba de menos, desde hacía seis meses, su polichinela sin que á nadie se le hubiese ocurrido repetir el regalo de su padrino.

Jorge escogió apresuradamente un polichinela, quizás más pequeño, pero muy parecido al rico modelo destrozado por el automóvil, y regresó corriendo á casa de sus bienhechores.

La alegría de Alina fué inmensa;

—¡Oh, Jorge, gracias, gracias!, exclamó.

Por la cara del jorobadito se deslizaron dulces lágrimas.

Entonces Alina pronunció una frase deliciosa en sus labios, pero ¡cuán cruel!

—¡Qué bonito es! Es jorobado como tú. Yo también te quiero; también tú eres un polichinela.

Y desde aquel día Alina y la gente de la casa, exceptuando al señor y á la señora de Vernay, llamaron á Jorge *Polichinela*.

—Lo que has hecho revela tu buen corazón, Jorge, díjole el Sr. Vernay; pero como quiero que tengas tu aguinaldo, toma esa otra moneda y gástala para ti, lo exijo.

—¡Oh, señor!..

Jorge salió nuevamente á la calle y reanudó su paseo, tan perplejo como la otra vez acerca del empleo que daría á sus cinco francos, cuando vió en el escaparate de un estanco unos billetes de la «Lotería de los Niños pobres.»

—Ya tengo en qué invertir mi moneda, dijo el jorobadito, que ya sabía leer y que desde su más tierna infancia conocía el valor del dinero. A lo menos si me toca un buen premio podré compartirlo con mis bienhechores y demostrarles de esta suerte mi gratitud.

Y en efecto, le tocó el premio grande, de cien mil francos. La fortuna caprichosa favoreció al pobre desheredado, al niño contrahecho, enfermizo, débil é indigente, á *Polichinela*, como si quisiera de repente compensar su injusticia é indemnizarle de su triste suerte.

El Sr. Vernay nada quiso aceptar, por supuesto, pretextando con razón que el niño no podía disponer de sus bienes antes de ser mayor de edad, y para consolar á Jorge hubo de decirle que más adelante ya hablarían del asunto.

\* \*

Alina entró en un colegio á pensión y Jorge en el Liceo Condorcet, cursando luego la carrera de ingeniero.

La niña Alina habíase transformado en una joven hermosa, hermosísima, de una belleza casta, sorprendente, completa; adoraba á sus padres y amaba con delirio á *Polichinela*, á quien besaba con efusión; á pesar de que los diez y siete años acumulados sobre su bella frente la habían colocado en esa edad que excluye las expansiones infantiles. Y cada vez que los labios frescos de Alina se posaban sobre las mejillas de *Polichinela*, éste se sentía desfallecer.

Jorge cumplió veintidós años y su deformidad le eximió del servicio militar.

Los negocios del Sr. Vernay no prosperaban, al contrario; pero por un sentimiento de vergüenza respecto de *Polichinela*, cuyos cien mil francos estaban á su disposición, á nadie había hablado de sus apuros económicos; mas cuando el teniente Mauricio Dulac, de acuerdo con la interesada, fué á pedirle la mano de su hija, hubo de confesarlo todo.

Aun desprendiéndose de cuanto tenía, no podía el Sr. Vernay dar á su hija la dote que las leyes exigen á las jóvenes que se casan con militares.

Alina lloró su desgracia, y *Polichinela*, más pálido que nunca, sintióse conmovido por aquellas lágrimas. Toda aquella tarde estuvo Jorge ausente, y á altas

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



horas de la noche oyéronse sus pasos en el vestíbulo.

A la mañana siguiente, muy temprano, la camarrera, al abrir los postigos del cuarto de su señorita, encontró en el umbral de la puerta un inmenso ramo de magníficas orquídeas.

Alina, presa de súbita emoción, incorporóse en la cama y cogió aquellas flores.

Atado al ramo con una cinta ajada, había un paquete voluminoso que contenía una preciosa cartera de tafilete con cantoneras de oro. Alina la abrió y encontró en ella dos hojas de papel: un cheque de cien mil francos á su nombre y una carta.

Llenos de lágrimas los ojos leyó la misiva, concebida en los siguientes términos:

«Mi querida Alina, desde el día en que conocí á usted la quise con toda mi alma, y á partir de aquel momento, deslizóse mi existencia como un sueño encantador. Cuando los dos estábamos en nuestros colegios, yo sólo vivía durante las vacaciones. A usted debo la instrucción, la vida, la fortuna y también, perdone usted que se lo diga, el amor.

»Harto comprendo que no puede usted casarse con un ser deforme, con un ex paria, un jorobado, y sé que ha entregado usted su corazón á un guapo mozo. Por esto parto...

»Permítame que le ofrezca mi regalo de boda... ¿Acaso un hermano no tiene el derecho de dotar á su hermana? ¿Y por ventura no me ha tratado usted siempre como á un hermano?

»Adiós. Guarde usted una de mis flores y la cinta descolorida en que van atadas... esa cinta la escogí entre los restos que pudieron recogerse de su primer polichinela. Guárdela usted; que el día de la boda haga, en mi nombre, votos por la felicidad que usted merece.

»No llore usted por mí, se lo suplico; si me ha amado usted, no llore por mi causa. Diga usted tan sólo con un poco de melancolía, pero sonriente: «¡Polichinela se fué!»

«¡Pobre Polichinela!»

HUGY MARIO

(Dibujo de C. Vázquez.)

FRAY CRISTOBAL DE TORRES,

OBRA DE DIONISIO RENART

Próximamente ha de inaugurarse en Bogotá, capital de la República de Colombia, el monumento dedicado al insigne y virtuoso arzobispo de la que fué capital del Nuevo Reino de Granada, predicador y confesor de los reyes Felipe III y Felipe IV. Dotado de superior inteligencia y cristianas virtudes, distribuyó beneficios y consuelos entre sus diocesanos, de tal suerte, que á pesar de haber fallecido en 1653, guárdase en Bogotá honrosa memoria de aquel esclarecido prelado, nacido en Burgos en 1573, que consagró los últimos años de su vida á la fundación del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en donde se han educado los más eminentes colombianos.

La estatua, que mide 2'50 metros de altura, ha sido hábil y sentidamente modelada por el inteligente escultor Dionisio Renart y fundida en bronce en los talleres de Ferruccio Cescatti, de esta ciudad.

LA RESTAURACIÓN DE «LA CENA,»

DE LEONARDO DE VINCI

Pocas obras de arte han conseguido tanta celebridad como la famosa *Cena* que para el refectorio del convento de los dominicos de Milán pintó, en los

últimos años del siglo xv, el gran Leonardo de Vinci. El grabado, las fotografías, las copias al óleo, han popularizado esa obra maravillosa, y algunas de estas últimas, como la de Marco Oggione, hecha en 1510, cuando el original se conservaba aún en toda su belleza y que actualmente está en la Escuela de Bellas

sus manos pecadoras. Durante la ocupación de Milán por el ejército napoleónico, Appiani, comisario de Bellas Artes del nuevo gobierno, y al cual éste había encargado la restauración de *La Cena*, después de haber excluido la posibilidad de arrancar la pintura de la pared para fijarla sobre otro fondo, hubo de decir que la restauración debía limitarse «á reparar y asegurar las costras formadas en ella.» Mas como esta labor ofrecía grandes dificultades, tampoco se hizo nada en aquella ocasión.

En 1817, en tiempo de la dominación austriaca, el pintor Esteban Barezzi propuso la aplicación á la obra de Vinci de un procedimiento por él inventado para transportar los frescos sobre una tela ó una tabla; pero después de un previo experimento, el gobierno se opuso á la realización de lo propuesto por Barezzi; sin embargo, al cabo de pocos años, el propio pintor conseguía que se le confiase la restauración, aunque por otro sistema, que fué aplicar á la pintura una capa de cola.

Todas aquellas pruebas no habían logrado contener la obra destructora del tiempo. En 1870, Botti presentó un proyecto para arrancar la pintura, proyecto que no se llevó á cabo, y en 1899, á instancias de Cayetano Moretti, director del departamento regional de los monumentos de Lombardía, nombróse una comisión ministerial encargada de estudiar las causas destructoras del fresco y de buscar el modo de conservar lo que de él quedaba. En 1904, la comisión ministerial confió al profesor Cavenaghi el encargo de fijar las partes pintadas de *La Cena*. Cavenaghi, después de haber efectuado algunas pruebas parciales en puntos secundarios de la composición, se mostró dispuesto á realizar desinteresadamente un ensayo oficial y también desinteresadamente la obra total, una vez aprobado aquel ensayo. En julio de aquel año se señaló la porción que había de repararse; y en vista del éxito feliz de prueba, corroborado por observaciones hechas durante algunos años, se acordó proceder á la consolidación de toda la superficie.

Esta obra está ya realizada en las condiciones más satisfactorias.

El profesor Cavenaghi no ha hecho una restauración en el sentido que suele darse á esta palabra en materia de bellas artes, sino que se ha limitado á adherir nuevamente á la pared la costra de colores que se había separado en pequeñísimas escamas, á reponer en su sitio lo que Leonardo de Vinci había puesto. Para esto ha debido vencer, como se comprenderá, varias dificultades, no siendo la menor de ellas el fijar las escamas que estaban á punto de desprenderse, sin tocarlas, pues de lo contrario se habrían pulverizado.

Un crítico de arte, que hace poco visitó al profesor Cavenaghi, preguntóle si el famoso fresco que

tantas veces se ha dado por destruido quedaría ahora enteramente salvado, á lo que respondió el pintor: «El enfermo no ha sanado en absoluto, pero en adelante no empeorará; la fibra que estaba destrozada ha adquirido mayor tonicidad, mayor colorido, y al presente está en condiciones de vivir bien y por mucho tiempo, si debidamente se le cuida y se le atiende, pues siempre será un organismo precario, así por sus propias condiciones, como por el ambiente en que se halla situado.»

El profesor Cavenaghi opina que podrían taparse las cicatrices que los desprendimientos del color han dejado en la pintura, tanto más cuanto que no sería cuestión de retocar nada de lo pintado por Leonardo, sino simplemente de llenar concienzudamente los huecos cuya blancura perjudica á las exquisitas tonalidades inmediatas.—S.



Fray Cristóbal de Torres, estatua en bronce, obra de Dionisio Renart. Fundida en los talleres de F. Cescatti, que figura en el monumento que en breve ha de inaugurarse en Bogotá (Colombia).

Artes de Londres, permiten apreciar lo que debió ser el admirable fresco antes de que la acción del tiempo causara en éste los daños que se han notado en él durante tanto tiempo.

Estos daños, en un principio lentos, han ido revistiendo cada vez mayores proporciones, y no era difícil prever, para una fecha por desgracia demasiado próxima, la total desaparición de la pintura. Para evitar esto se han hecho en distintas épocas varias tentativas, aunque sin resultado hasta la de Cavenaghi, de que luego hablaremos. A fines del siglo xv, el cardenal Federico Borromeo se propuso restaurar el fresco, pero nada se hizo en aquel entonces; más de un siglo después, en 1726, el pintor Bellotti ejecutó una desdichada restauración, que reparó en 1770 José Mazza, quien se limitó á dejar la pintura tal como se hallaba antes de poner Bellotti en ella



# CONSERVACIÓN DE "LA CENA" DE LEONARDO DE VINCI

EL FAMOSO FRESCO DEL CONVENTO DE SANTA MARÍA DE LAS GRACIAS (MILÁN) RESTAURADO RECIENTEMENTE

POR EL PINTOR LUIS CAVENAGHI



FOTOGRAFÍA TOMADA DESPUÉS DE LA RESTAURACIÓN POR LA CASA AQUILES FERRARIO DE MILAN

y comunicada por Augusto Romieux. (Publicación autorizada)



## SAN PETERSBURGO.— ENTIERRO DEL GRAN DUQUE ALEJO DE RUSIA

Con gran pompa efectuóse el día 21 de noviembre último en San Petersburgo el entierro del gran duque Alejo, fallecido en París, y cuyo cadáver fué transportado a la capital del imperio moscovita. El tsar Nicolás II quiso presidir la ceremonia, y después de prolongada ausencia, se mostró por vez primera en público, recorriendo á pie y al frente del duelo el largo trayecto que separa la estación del ferrocarril por donde llegaron los restos de su augusto tío, hasta la ciudadela de Pedro y Pablo, en cuya iglesia habían de ser inhumados.

armada rusa, un escuadrón de guardias, cuatro almirantes llevando los diversos pabellones de mandos marítimos desempeñados por el archiduque, oficiales superiores de la armada portadores de las insignias y condecoraciones del mismo, el clero, la carroza mortuoria, el tsar con los altos dignatarios de su casa, los grandes duques, los ayudantes de éstos y del emperador, las grandes duquesas y sus damas de

gobierno y otras corporaciones oficiales. El metropolitano de San Petersburgo y el clero cantaron los salmos de rúbrica, y después celebróse el oficio de difuntos, terminado el cual el tsar y la emperatriz madre se acercaron al féretro y besaron la caja mortuoria en el sitio correspondiente á la cabeza del cadáver, haciendo luego lo propio la emperatriz Alejandra Feodorovna y los demás individuos de la

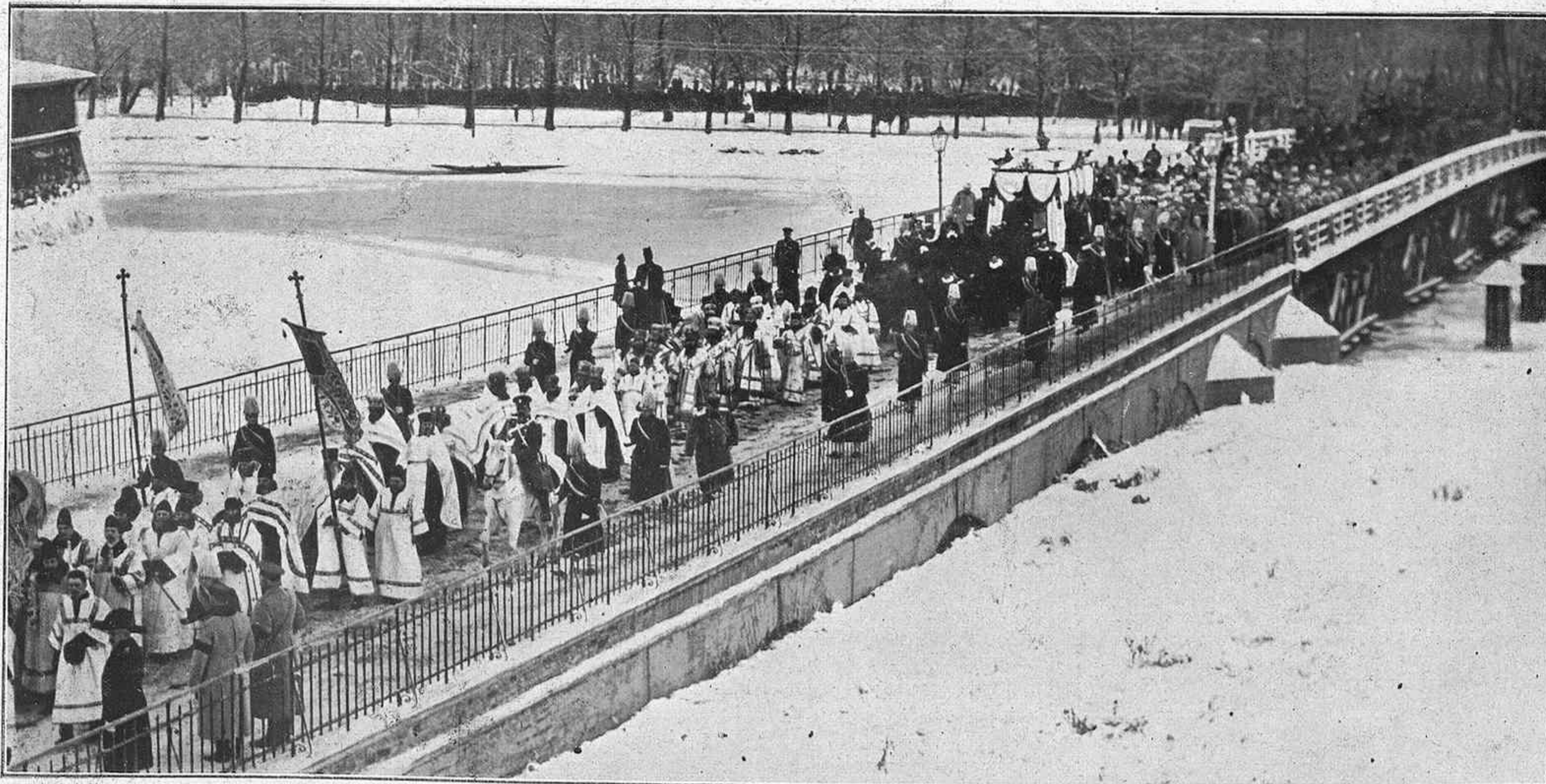


Paso de la fúnebre comitiva por la Perspectiva Newsky; al frente del duelo, el tsar (x) seguido de sus ayudantes y de los individuos de la familia imperial

transportado á la capital del imperio moscovita. El tsar Nicolás II quiso presidir la ceremonia, y después de prolongada ausencia, se mostró por vez primera en público, recorriendo á pie y al frente del duelo el largo trayecto que separa la estación del ferrocarril por donde llegaron los restos de su augusto tío, hasta la ciudadela de Pedro y Pablo, en cuya iglesia habían de ser inhumados.

superiores de la armada portadores de las insignias y condecoraciones del mismo, el clero, la carroza mortuoria, el tsar con los altos dignatarios de su casa, los grandes duques, los ayudantes de éstos y del emperador, las grandes duquesas y sus damas de

difuntos, terminado el cual el tsar y la emperatriz madre se acercaron al féretro y besaron la caja mortuoria en el sitio correspondiente á la cabeza del cadáver, haciendo luego lo propio la emperatriz Alejandra Feodorovna y los demás individuos de la



El clero de la iglesia rusa y la carroza mortuoria. (De fotografías de Bulla, comunicadas por Underwood y Underwood, de Londres.)

rril por donde llegaron los restos de su augusto tío, hasta la ciudadela de Pedro y Pablo, en cuya iglesia habían de ser inhumados.

El orden del cortejo era el siguiente: un escuadrón de guardias, el maestro de ceremonias, funcionarios y servidores de la corte del difunto, sociedades relacionadas con la marina, estado mayor general de la

honor en coches enlutados, y el comandante general de la guardia y de la circunscripción militar de San Petersburgo, al frente de las tropas designadas para tributar los honores al cadáver.

A las once entraba la comitiva en la iglesia de la ciudadela, en donde estaban ya la emperatriz reinante, la emperatriz madre, el cuerpo diplomático, el

familia imperial. A las dos, el cadáver fué conducido á la nueva capilla funeraria y enterrado junto al altar mayor de la misma, en presencia de todos los dignatarios y del cuerpo diplomático. El tsar y los miembros de su familia desfilaron ante la tumba. A las dos y media terminaba la triste ceremonia, y poco después el tsar y la tsarina regresaban á Tsarkoie-Selo. — S.

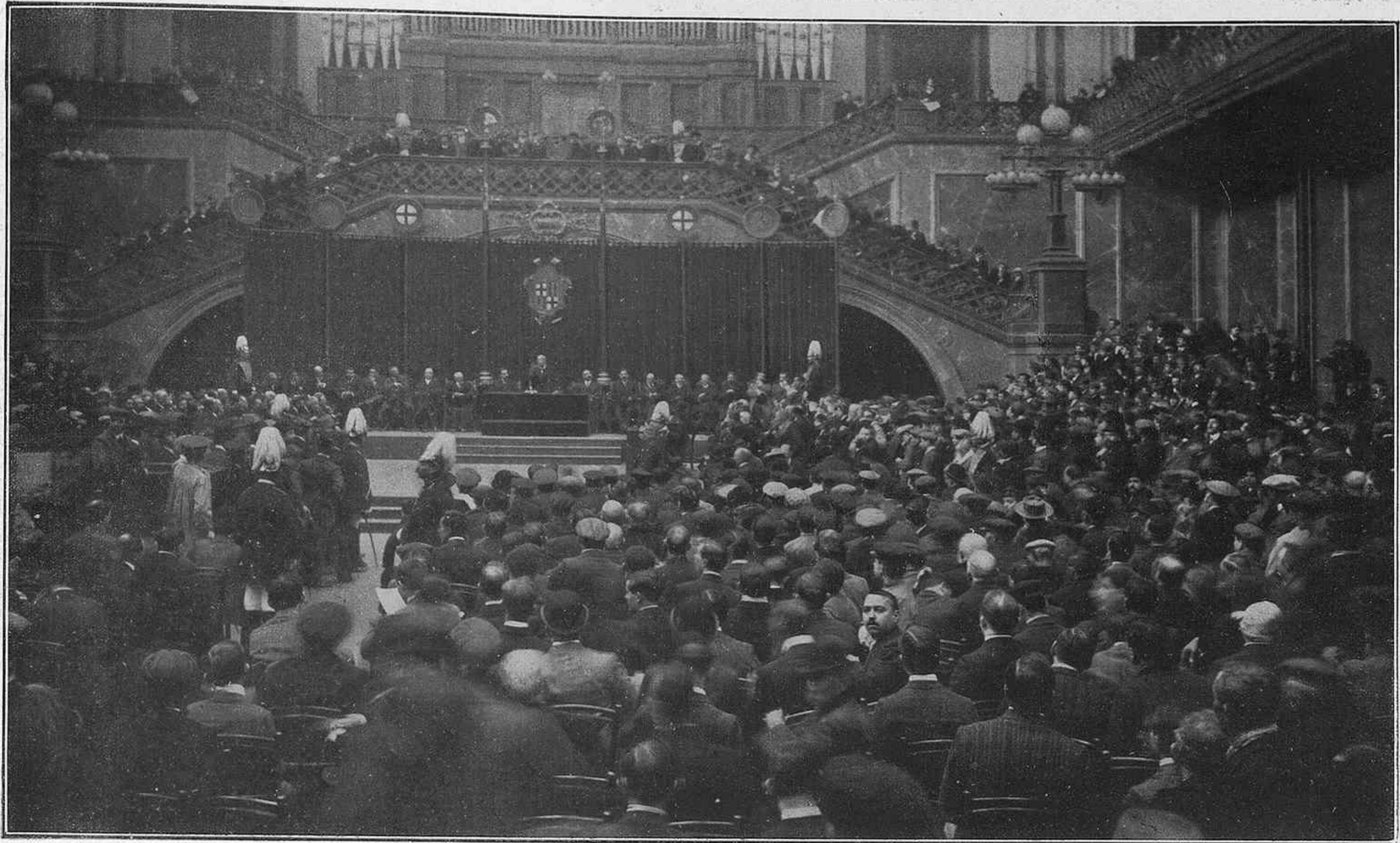


BARCELONA. MEETING DEL NOGUERA-PALLARESÀ.

ZARAGOZA. PEREGRINACIÓN AMERICANA

El día 29 de noviembre último celebróse en el gran salón del Palacio de Bellas Artes el meeting de propaganda á favor del ferrocarril internacional del Noguera-Pallaresa. Presidió el acto el presidente de la junta organizadora Sr. Jordana, á quien acompañaban el señor

Una peregrinación americana, presidida por los obispos de La Plata, Córdoba y San Carlos de Ancud, ha visitado recientemente la ciudad de Zaragoza para realizar un acto de piadoso homenaje á la Virgen del Pilar. Pero los que de ella formaban parte han querido además



BARCELONA.—«Meeting» de propaganda á favor del ferrocarril internacional del Noguera-Pallaresa. (De fotografía de A. Merletti.)

Maluquer de Tirrell, senador vitalicio, el barón de Esponellá, el alcalde accidental de Barcelona Sr. Bastardas, una comisión de concejales barceloneses, el diputado á Cortes señor Puig y Cadafalch, el diputado provincial barcelonés Sr. Sostres y varias comisiones de la Diputación provincial y del Ayuntamiento de Lérida y de casi todos los pueblos de la comarca

rendir un tributo de amor y respeto á España, y al efecto el día 29 de noviembre último celebraron una ceremonia imponente, que consistió en hacer públicamente entrega á la inmortal ciudad y á su excelsa matrona de las banderas de las repúblicas americanas que pocos días antes bendijera en Roma el papa. El acto se efectuó en la plaza de la Constitución ante un



ZARAGOZA.—Acto de la entrega de las banderas por la peregrinación americana. (De fotografía de Ignacio Coyne.)

leridana. Los Sres. Jordana, Maluquer, Mancho, Sol, Abadal, Reñé, Beougen, Mir y Miró, Ramonich, Puig y Cadafalch y Bastardas pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos, y el público que llenaba el inmenso salón tributó grandes ovaciones á todos los oradores.

inmenso gentío, y en él pronunciaron elocuentes discursos el obispo de Ancud monseñor Jara y el alcalde de Zaragoza Sr. Fleta, el primero ponderando el amor que por España sienten los americanos, y el segundo agradeciendo el homenaje á la madre patria y á la Virgen del Pilar.



ESCENAS DE LA VIDA DE LA ALTA SOCIEDAD LONDINENSE



ASPECTO DE UNA DE LAS PRINCIPALES CALLES DE LONDRES A LA SALIDA DEL PÚBLICO DE UN TEATRO, dibujo de F. Matania



## PARÍS. — EL PROCESO STEINHEIL

Hace algunos meses, en la noche del 30 al 31 de mayo, cometiéndose en París un doble asesinato, que causó gran emoción, así por ser una de las víctimas un artista muy conocido, como por las circunstancias en que el crimen se había perpetrado. En una casa de la calle Ronsin aparecieron estrangulados el pintor Steinheil y su suegra, la señora Japy; la hija de ésta y esposa de aquél fué hallada en su cama, atada con fuertes ligaduras, oprimido el cuello con una cuerda y tapada la boca con una bola de algodón que estaba á punto de asfixiarla.

La señora de Steinheil, única sobreviviente del trágico suceso, refirió lo ocurrido. La víspera había recibido la visita de su madre, á la que rogó que se quedase á dormir en la casa, cediéndole para ello su cuarto y trasladándose ella al de su hija, que se hallaba ausente; su marido se instaló en una pequeña habitación contigua al cuarto de baño. A altas horas de la noche despertóse bruscamente y vió á tres hombres y á una mujer, provistos de linternas sordas, que la agarraron y con amenazas de muerte la intimaron á que les dijese dónde estaba el dinero; ella les señaló un mueble del cuarto inmediato, del cual robaron siete mil francos. Los asesinos se llevaron además (así lo afirmó la señora de Steinheil) varias joyas, cuyos estuches vacíos se encontraron tirados por el suelo y encima de los muebles.

Púsose la policía en seguida en movimiento, pero sus pesquisas no dieron resultado alguno: atribuyóse el crimen, primero á unos asesinos vulgares, después á un modelo, luego á un polizone, más tarde á unos comparsas de un teatro cosmopolita y finalmente á un conocido ladrón. Todas esas pistas, sin embargo, hubieron de abandonarse por infundadas, y el proceso seguía su curso, con muy pocas esperanzas de dar al fin con los culpables, cuando hace pocos días la señora de Steinheil se presentó al juez de instrucción acusando concretamente á Remy Couillard, el ayuda de cámara del pintor, el mismo que el día del crimen fué el primero en descubrir los cadáveres de las víctimas y en pedir socorro y avisar á la policía. La señora Steinheil fundaba su acusación en el hecho de haber encontrado el día antes, en la cartera de Remy, una perla que formaba parte de las joyas robadas.

Remy pudo, sin embargo, probar desde luego su inocencia, y la acusadora confesó al juez que ella misma había colocado la perla en la cartera, con lo que, al propio tiempo, contradijo su anterior aseveración de que la perla había sido robada la noche del crimen. Esta aseveración, por otra parte, resultó también desmentida por su joyero, el cual declaró que con posterioridad al trágico suceso la misma señora de Steinheil hablale llevado la perla en cuestión para que la quitara de la sortija en que estaba montada y le pusiera otra montura.

Dos días después, la señora de Steinheil declaraba ante el juez que el relato que hizo á raíz del crimen era mentira; que no hubo los tres asesinos acompañados de una mujer; que el robo de las joyas había sido simulado, pues ella las había escondido antes en su casa de Bellevue; que si bien había acusado falsamente á Remy Coui-

Alejandro Wolff, hijo de su criada de confianza, y que no le había denunciado antes por consideración á su madre.

El nuevo acusado probó aún más fácilmente que Couillard su inocencia, y fué puesto en seguida en libertad.

cómplice del asesinato de su madre y de su esposo. ¿Qué razones pudieron inducir á ello? Los diarios parisienses han recordado en esta ocasión la vida privada de esa mujer, que, según parece, no era ejemplar ni mucho menos; han sacado á relucir sus galantes aventuras, han hablado con este motivo de la muerte del que fué presidente de la República Félix Faure, y en una palabra, han relatado multitud de pormenores que nos abstenemos de reproducir y que comprometen en extremo á la hoy inculpada.

Y para que todo sea anormal en ese proceso, apenas decretada la prisión de la señora de Steinheil, el juez que hasta entonces había entendido de él pidió al procurador de la República que le relevasen de seguir conociendo del asunto, fundándose en ciertas insinuaciones de los periódicos; no faltan, sin embargo, quienes suponen que la determinación del juez ha sido debida á las relaciones íntimas que le unían con aquella señora, y cuyo recuerdo no le permitía proceder con la debida imparcialidad.

Ahora bien: ¿por qué la señora de Steinheil con sus recientes cartas á los diarios, sus entrevistas con los reporteros, sus acusaciones infundadas, ha removido un proceso que parecía olvidado y que seguramente, dado lo infructuoso de todas las diligencias y pesquisas practicadas, habría terminado con un sobreesimiento por no haber sido descubiertos los autores del crimen? Si realmente es culpable, según todos los indicios demuestran, ¿cómo no ha huído, habiendo tenido tiempo y medios suficientes para ello, ó por lo menos, cómo no ha persistido en su primera conducta de silencio y reserva? Algunos médicos explican esto como un caso de neurosis, y dicen que la señora de Steinheil, ansiosa de notoriedad, no podía soportar que, después de habérsela compadecido tanto como víctima, no se hablase ya de ella, y ha querido atraer nuevamente sobre sí la atención pública, persuadida de que, gracias á su habilidad y á la benevolencia del juez, no sería descubierta su complicidad. Pero según otra versión, lo que la ha impulsado á hacer lo que ha hecho ha sido el afán de justificarse, acusando á otras personas, á los ojos de cierto viudo, el señor Borderel, acaudalado agricultor del departamento de los Ardenas, con quien tuvo relaciones hace algún tiempo y con quien aspiraba á casarse, y que según parece había dicho que no volvería á verla mientras no se desvaneciesen ciertas sospechas que sobre ella pesaban. Y esta versión resulta tanto más verosímil, cuanto que la nueva y furiosa campaña realizada por la señora de Steinheil en la prensa contra los magistrados, á quienes acusaba de ineptos y débiles, comenzó á raíz de haberle manifestado el Sr. Borderel aquella resolución.

Y puesta la opinión pública en este terreno, cada día toma mayor cuerpo en París el convencimiento de que el crimen fué concebido y mandado ejecutar por la señora de Steinheil, precisamente para poder contraer matrimonio con el Sr. Borderel, y no porque le amase, sino porque la seducía su cuantiosa fortuna.

De todos modos, el asunto hállase aún envuelto en cierto misterio y es muy probable que dé lugar á nuevos é interesantes incidentes.



El pintor Steinheil, su esposa y su hija Marta

El proceso del asesinato de dicho artista despierta actualmente en París gran interés por el nuevo sesgo que ha tomado á consecuencia de las últimas acusaciones formuladas por la señora de Steinheil y de la prisión de ésta, sobre la cual recaen graves sospechas de complicidad en el crimen. (De fotografía de Harlingue.)

Ante tal cúmulo de falsedades y de contradicciones, el juez hubo de decretar el procesamiento y la prisión de la señora de



San Sebastián.— Entierro del ministro plenipotenciario del Japón en España Sr. Manjiro Inagaki, recientemente fallecido. (De fotografía de Frederic.)

## SAN SEBASTIÁN

## ENTIERRO DEL MINISTRO DEL JAPÓN

El día 25 falleció en la capital de Guipúzcoa, adonde había ido á pasar el verano y en donde le había retenido una grave afección al cerebro, el ministro del Japón en España señor Manjiro Inagaki, diplomático distinguido que había formado parte de la legación de su país en Londres y que hace años había escrito una obra notabilísima sobre los problemas del Extremo Oriente, en la que vaticinaba la guerra de Rusia y la victoria del Japón.

El mismo día el cadáver fué embalsamado por el doctor Namura, japonés, y el doctor Vich, francés, y al siguiente efectuóse su entierro, que resultó una imponente manifestación de duelo. Presidieronlo el marqués de Atarfe, en representación de S. M. el rey, los parientes del finado, los gobernadores civil y militar y el alcalde.

Sobre el féretro habíanse colocado el uniforme del finado y una bandera japonesa.

Las tropas desfilaron ante el cadáver, al que se tributaron honores de teniente general con mando en plaza y que ha sido trasladado á París para ser allí incinerado y conducido luego al Japón.



Para dar al cutis fresca seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la **CREMA DE SIVA** la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana. **COMPANÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS.**— De venta en todas las buenas perfumerías.— Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª.—Madrid.

Depositario en Buenos Aires: Marcelino Bordoy, 1150. Venecuela, 1154.

llard, lo había hecho convencida de que éste fácilmente podría demostrar su inocencia; que el único y verdadero asesino era Steinheil, sobre la cual, justo es reconocerlo, pesan gravísimas sospechas de que, si no autora, fué por lo menos inductora ó



# EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONCLUSIÓN)

El sol se había puesto y la brisa comenzaba á soplar sobre las aguas, que tenían reflejos de ámbar, de carbunco, de esmeralda y de amatista. Pedro fantaseó un rato todavía, y luego tomó un coche y se encaminó al hotel, en donde, al llegar, le entregaron un telegrama que no dejó de alar-marle. Decía así:

«Tengo un negocio impor-tante que proponerle. A las siete pasaré por el hotel. Si no puede usted esperarme, déme una cita. No me desatienda, porque me vería obligado á dirigirme á otro. —*Jacobo Parker.*»

«Es alarmante este tele-grama—se dijo Pedro.—Y sin embargo, ¿puede Parker saber algo?»

Pensó en el paso extraño que habían dado Parker y Peach mientras él exploraba la playa subterránea.

«¡Y qué!»—murmuró. Miró un reloj y añadió entre dientes:

«Son las siete menos cuar-to... Dentro de unos minutos sabré lo que quiere de mí ese personaje.»

Encargó una comida para las siete y media, y ordenó que cuando se presentase Parker le hiciesen subir á su habitación. A las siete en punto compareció.

Era un hombre de pelo extrañamente amarillo, casi de color de azufre, flaco, hue-sudo, con la nariz estropeada á consecuencia de un puñetazo recibido en una riña, los pómulos salientes, una boca en donde habría podido meterse un pan de media li-bra y unos dientes de caba-llo, oscilantes y podridos.

—Paréceme que me ha seguido usted la pista, díjole Pedro después de cambiadas las primeras palabras.

—Le he seguido, sí, res-pendió Parker con voz cas-cada; pero no la pista, ya que sabía adónde iba usted y lo que allí le llevaba.

—¡Ah!, exclamó sarcásti-camente Pedro. Su perspicacia me interesa; sin embargo, haría usted mal en fiarse de ella.

—Caballero, afirmó Parker gravemente; usted ha descubierto un negocio en el abismo.

—Amigo mío, replicó Dervilly riendo y encogién-dose de hombros desdeñosamente, no me tomaré la molestia de rebatir esa afirmación ridícula; pero si he de rogarle que no se meta usted en mis asuntos.

Parker permaneció impasible y dijo con voz sose-gada:

—Me meto en los asuntos de usted porque, en mi concepto, son también míos, ya que Peach y yo hace mucho tiempo que tenemos puesto el pensamiento en el abismo.

—En el mismo caso se hallan otras muchas perso-nas; pero ¿qué puede importarme á mí esto?

—A pesar de todo, escúcheme usted cinco minu-tos..., que al fin y al cabo nada perderá con escu-charme... Es el caso que hace quince años que tra-bajo en las minas..., la mayor parte del tiempo por mi cuenta, y cuando no hay otro remedio por cuenta ajena. Veinte minas, por lo menos, llevo descubier-tas... Algunas, en verdad, han sido malas y apenas

valían unos centenares de dólares; pero otras que han sido buenas y que he tenido que ceder á precios ri-dículos, han producido millones y millones... Ha

superintendente que sabe que usted ha descubierto una mina en el abismo. Peach es un mozo de gran-des recursos; jurará y perjuraré que es verdad lo que dice, y bien se le alcanza á usted que Morrison y Abbot no cerrarán con usted ningún trato sin que antes se haya efectuado una minuciosa ex-ploración. A mí me parece que el asunto vale la pena de entenderse con usted y yo, en su lugar, no vacilaría en...

Dervilly había escuchado al minero con inquietud, pues reconocía el peligro y adivi-naba hasta qué punto podría pesar sobre el ánimo suspicaz de Abbot una afirmación re-sultantemente mantenida, aun-que no estuviese apoyada por ninguna prueba; pero, por otra parte, ¿no era correr un gran riesgo, no ya confe-sar al equívoco Parkér la verdad, pero ni siquiera de-jar que la vislumbrase?

Parker, haciéndose cargo de esa dificultad, prosiguió diciendo:

—Usted naturalmente des-confía de mí, y yo me hago perfectamente cargo de ello, ya que en el lugar de usted quizás haría lo mismo; y sin embargo, una vez haya em-peñado mi palabra, antes me dejaré hacer pedazos que fal-tar á ella. Tenga usted tam-bién en cuenta que no abu-saré de usted, puesto que me contentaré con un diez por ciento de beneficio ó con una prima de veinte mil dó-lars.

Pedro, que se había pue-to de pie, clavó su mirada en los ojos de su interlocutor y dijo flemáticamente:

—Si Peach es tan loco co-mo usted, ¡valiente pareja deben hacer los dos!.. Me ha hecho usted perder media hora escuchando sandeces indignas hasta de un negro... ¡Basta ya!

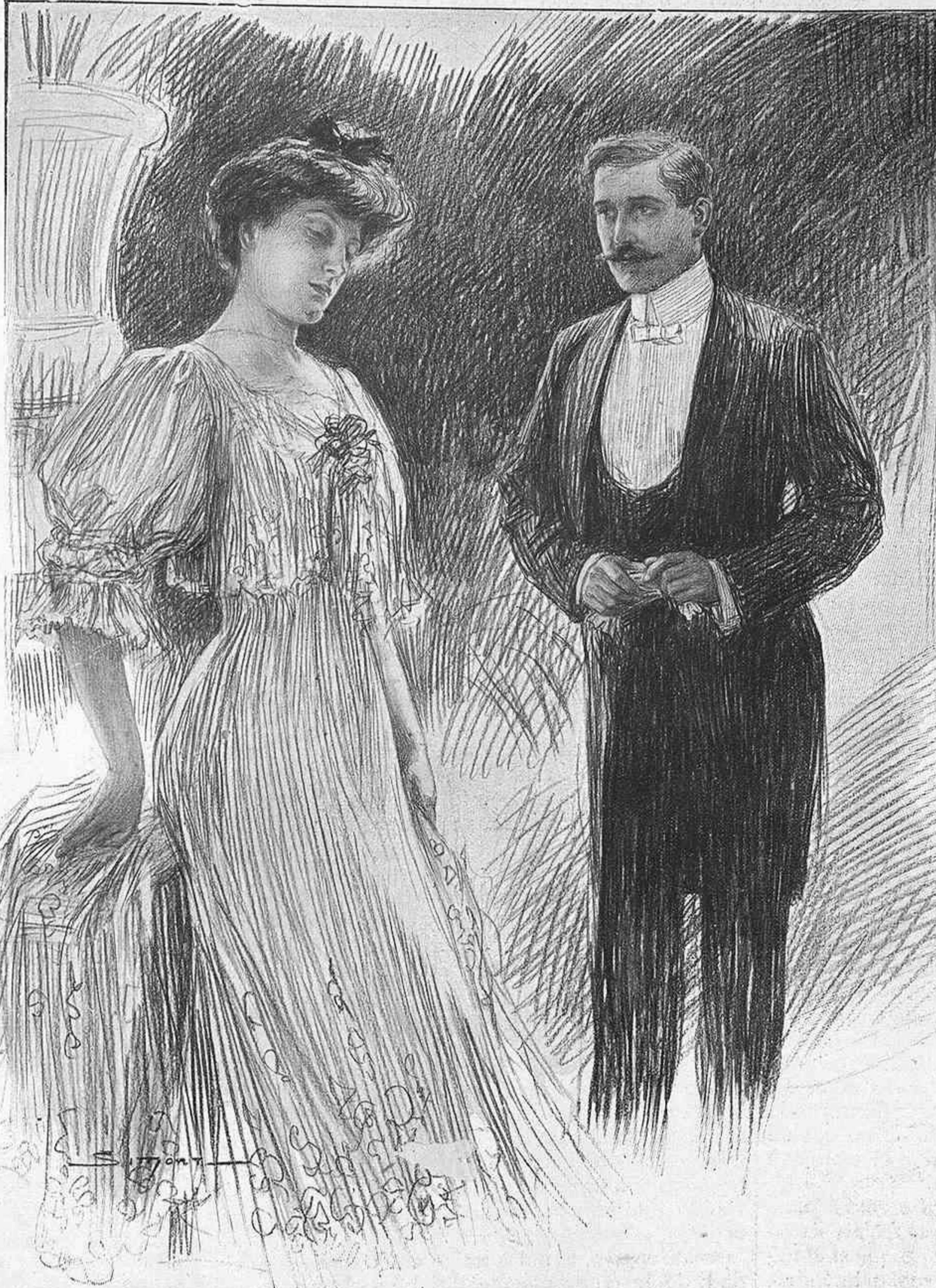
—Está bien, murmuró Par-ker levantándose y sonriendo burlonamente.

Una ola de furor pasó por su rostro moreno, pero en seguida se calmó.

—Ya comprendo, dijo; lo que le impulsa á obrar así es la prudencia, porque por la cuestión del dine-ro no rechazaría usted mi proposición. Corriente; consulte usted con la almohada. Mañana á las ocho de la mañana estaré aquí, y si usted, después de ha-ber reflexionado, acepta mi trato, me entregare ente-ramente á usted y le firmaré lo que quiera...; lo bas-tante para que me haga usted ahorcar si le engaño... Porque yo, caballero, tengo en usted una confianza absoluta.

Dicho esto se retiró, dejando á Pedro presa de una irritación profunda y de la más terrible ansiedad.

Dervilly pasó una noche detestable, pues por más vueltas que daba al asunto, no encontraba ninguna solución tranquilizadora. Si dejaba obrar al minero, todo era de temer tratándose de hombres como Abbot y Morrison; y si entregaba su secreto, ¡quién sabe hasta dónde llevaría Parker su *chantage*! Sin embargo, no desconfiaba del todo de éste, pues le había parecido descubrir en él esa honradez del «pacto» que tienen los peores aventureros, especial-mente los que recorren las minas, las sabanas y las



Habíanse detenido; Juana permanecía con la cabeza inclinada...

sido una injusticia..., se ha abusado de mí... Por esto adopté la resolución de no desperdiciar la coyuntura de tomar mi parte, si algún día se presentaba.

Y escupiendo al suelo y cruzando los brazos en ademán provocador, añadió:

—He calculado que usted me ayudaría á hacer fortuna.

—Pues ha hecho usted un mal cálculo, señor mío. Y por añadidura un cálculo poco simpático... En Europa llamamos á esto *chantage*.

—El nombre no importa; las minas son de todo el mundo..., es decir, del que las husmea, y yo he husmeado la de usted.

—Me temo que su inveterada mala suerte le haya estropeado terriblemente la nariz, exclamó Pedro en tono de burla. Si esto era todo lo que tenía usted que decirme, podía haberse ahorrado los gastos de un viaje enormemente caro para un *prospectador* pobre.

—No es esto todo, sino que vengo á comunicar á usted mi plan... Así que vi que tomaba usted el tren, Peach y yo adoptamos nuestras medidas, y mientras yo seguía á usted, él se quedó allí para obrar..., y no espera más que un telegrama mío para ir á decir al



selvas. Momentos había en que se sentía casi dispuesto á aceptar las condiciones de Parker, pero luego apoderábase de él la indignación y consideraba abominable dar una parte de su descubrimiento á aquel *prospectador* de costumbres de chacal. Después volvía la desconfianza, y así transcurrían las horas sin que adoptase una resolución firme. Se acostó agobiado y triste; no obstante, como se había vuelto demasiado hombre de acción para soportar el suplicio del insomnio, se durmió.

Cuando se despertó á las siete, el estado de su ánimo era el mismo que la víspera; así es que Parker hallóle en plena crisis de vacilación. A pesar de todo, quizás se habría negado á recibir al minero; pero éste, que había previsto el caso, no se hizo anunciar, sino que llamando ligeramente á la puerta, como si fuese un criado del hotel, entró bruscamente en el cuarto de Pedro diciendo:

—Dispense usted, señor..., he pensado...

Había vuelto á cerrar la puerta y permanecía de pie delante de Dervilly en una actitud á la vez humilde y enérgica.

—No sé lo que habrá pensado usted, dijo Pedro interrumpiéndole secamente; pero me parece que entra usted en mi cuarto como un ladrón.

—Como un vecino, caballero, puesto que he tomado la habitación número 215 en este mismo piso; además, usted no me había prohibido que viniese por una respuesta.

—Pero tampoco se lo había prometido.

—Ni era necesario, porque desde el momento en que no se dice que no...

Parker guiñó un ojo, y con aire misterioso añadió:

—He reflexionado en nuestro asunto y comprendo que, después de todo, es muy natural que no quiera usted fiarse de mi palabra, puesto que no me conoce y que, por otra parte, no le propongo más que cosas desagradables... En vista de esto, era preciso encontrar un medio, y yo lo he encontrado: si quiere usted aceptar mis condiciones, yo mismo me pondré en la imposibilidad de jugar sucio..., fíjese usted, señor, en que digo *imposibilidad*.

—Señor mío, para jugar sucio es preciso jugar con otro, y usted no puede jugar más que consigo mismo.

—¡Ah! Es usted un hombre extraordinariamente hábil, exclamó el minero con una mezcla de admiración y de inquietud; pero yo no soy un animal y sé que *si nada hubiese*, hace tiempo que me habría usted hecho pasar la puerta.

—Pues bien, va usted á pasarla al instante, exclamó Dervilly fingiendo impaciencia.

El minero se había colocado delante del llamador eléctrico.

—¡No!, dijo con voz suplicante. Reflexione usted. ¡Que me muera como un perro rabioso si no procedo con lealtad en este asunto! Además, me contentaré con el siete por ciento de los beneficios que usted obtenga ó con una prima de quince mil dólares. ¡Qué es al fin y al cabo un siete por ciento! Aun tratándose de una gran cantidad, es una brecha insignificante... Oígame usted; me he procurado opio, del que tomaré la cantidad necesaria para dormir todo el tiempo que usted quiera... Seré lo mismo que un cadáver hasta que haya cerrado usted el trato con esos endiablados Abbot y Morrison.

Pedro soltó la carcajada, pero su risa era en parte ficticia. Lo que le proponía Parker parecía extravagante, pero no absurdo; era evidente que si el minero podía pasar aquel día en un sueño letárgico, mientras él ultimaba los negocios urgentes con Booker y con el abogado de Booker, se desvanecía una inquietud seria.

—No se ría usted, señor, dijo Parker sacándose del bolsillo un frasco lleno de un líquido rojizo; aquí está el narcótico, y como habito aquí al lado, usted mismo podrá comprobar si duermo.

—¡Vamos! No cabe duda, está usted loco. Le aseguro, amigo mío, que si hubiese encontrado algo en las Cavernas me desembarazaría gustoso de usted prometiéndole el siete por ciento ó los quince mil dólares; pero...

—¡Aguarde usted!, dijo Parker interrumpiéndole con expresión ansiosa y á la vez resuelta. ¿Quiere usted decir que si realmente propusiese usted á Abbot y Morrison un negocio en el Cañón Grizzly, aceptaría usted mis condiciones?

—¡Sí, pobre amigo, sí..., sí!, exclamó Pedro exagerando el tono que se emplea con los niños ó con los espíritus débiles.

—Está bien; no pido más y estoy seguro de que si algo hay tendré mi parte... Y no se dirá que no he cumplido mi palabra... ¡Véalo usted!

Llevóse rápidamente el frasco á los labios y apuró la mayor parte del contenido antes de que Pedro,

que, por otra parte, deseaba ese desenlace, hubiese podido hacer un ademán para impedirlo.

—Dentro de media hora, dijo el minero, estaré más dormido que dos docenas de marmotas; usted mismo podrá asegurarse de ello. Cuarto número 215, ya se lo he dicho.

—Quizás haría mejor llamando á un médico, murmuró Dervilly.

—¡Palabra de honor, caballero!, replicó Parker con gesto enérgico. Conozco la droga, pues no es esta la primera vez que la tomo; tengo el corazón fuerte y dormiré tranquilamente mientras usted arregla sus negocios.

Y añadió sonriendo melancólicamente:

—Mire usted, señor; yo no podía dejar escapar una ocasión, y aunque mi conducta no es para que me enorgullezca de ella, crea usted que no podía... Por lo demás, no soy tan mal hombre, y si algún día llego á ser rico, que el cielo me confunda si no hago mucho bien. Siento haber molestado á usted, caballero.

—¡Y total para nada!, replicó Pedro, resuelto á defenderse hasta el último extremo.

—¡Quizás sí! En este caso me consideraré deudor de usted..., y á la primera mina que descubra, seré yo quien ofrezca á usted una participación.

Estas palabras dejaron pensativo á Pedro, quien miró con menos repugnancia á aquella miserable criatura.

Parker continuó charlando hasta que sintió que se apoderaba de él una especie de sopor.

—Ya está aquí la niebla que cae sobre mis ojos, dijo. Me voy á dormir..., y si me atreviese á dar á usted un consejo, le diría que me siguiese... para ver... y á causa de las gentes del hotel..., que vale más que no se extrañen... si quiere usted hacerme una ó dos visitas durante mi sueño.

## XXII

Cuando Pedro, á las once en punto del miércoles, fué recibido por Morrison y Abbot, los encontró muy fríos, más aún que en la visita de presentación. Archibaldo miraba fijamente su busto; G. T. C. tenía una expresión insolente y suspicaz.

—Naturalmente, viene usted por la respuesta, dijo Abbot después de una pausa glacial.

—¿No convinimos en esto?

—Sí, respondió el otro con voz dura; pero lo que usted propone es una insensatez. Nunca hemos cerrado un trato en un asunto dudoso... Quizás haría usted bien en concedernos un nuevo plazo.

Dervilly se sintió desfallecer, pero supo dominar su emoción.

—He hecho todo cuanto podía hacer y no esperaré una hora más...

Abbot desdobló de una manera ostensible varios telegramas sobre su mesa, y muy de prisa, acentuando cada palabra, dijo:

—Ha hecho usted exploraciones en nuestras minas.

—Supongo que se refiere usted al abismo, replicó Pedro con acento un tanto irónico, porque de mis otras exploraciones ya están ustedes recogiendo actualmente los beneficios. ¿Ignoran ustedes que esas mismas exploraciones las han realizado otras muchas personas, sin ningún resultado? Por lo demás, no he venido aquí para hablar de mis trabajos, sino por un negocio. ¿Quieren ó no ser ustedes mis socios? En caso afirmativo, aquí les traigo un contrato de sociedad; de lo contrario, me dirigiré á otros especuladores.

—Esto será si el negocio de usted no cae dentro de nuestras concesiones, dijo Morrison.

—Cuando digo que me dirigiré á otros especuladores, me parece que digo lo bastante, replicó con firmeza Dervilly.

Archibaldo y G. T. C. se miraron; luego hubo un silencio terrible, y al fin Morrison, más impaciente que su asociado, preguntó:

—Pero diga usted, joven, ¿se trata realmente de un negocio de millones?

—Sí, de un negocio de millones.

De nuevo las miradas de los socios se cruzaron, y después, Morrison se sonrió de pronto, su rostro tomó una expresión jovial y tendió la mano á Pedro diciéndole:

—Pues bien, queda cerrado el trato.

—¡Y ha tenido usted una suerte endiablada!, añadió Morrison.

Lo mismo opinaba Pedro. Una turbación extraordinaria le obligó á apoyarse en el respaldo de la silla. Al fin la victoria, absoluta, magnífica! Por vez primera se sintió desfallecer y creyó que iba á desmayarse; pero una oleada de sangre afluyó á sus sienes, y por todo su ser circuló un torrente de felicidad.

—Sí, he tenido suerte, dijo sonriente; pero ustedes han tenido tanta como yo, según van á comprobarlo en cuanto me hayan firmado estos papeles.

Y sacando de su cartera un contrato por duplicado, cuidadosamente redactado por el abogado de Booker, entregó un ejemplar á los dos socios, que lo leyeron rápidamente.

—¡Dos minas á la vez!, exclamó Archibaldo.

—La segunda no está aún descubierta, dijo Abbot interrumpiéndole, y la primera está muy cerca de la nuestra.

—¡A cinco millas de distancia!

—Sí..., es verdad, fuera de nuestras concesiones, articuló G. T. C. con cierto pesar.

—Y he hecho lo necesario para asegurarme las «preferencias útiles», dijo Pedro.

Morrison le dirigió una mirada casi cariñosa.

—¡Bravo, hijo mío! Es usted digno de su suerte... Y ahora veamos, ¿cómo descubrió usted la *cosa*?

—Dejemos antes arreglado el negocio.

—¿Eh, qué tal? ¿Será práctico el mocito?, exclamó Archibaldo, que de minuto en minuto sentía mayores simpatías por Pedro. Vamos, Abbot, cerremos el trato.

Los puntos eran claros, concretos, sin equívocos, y los dos socios, expertos en la materia, no viendo, después de una segunda lectura, nada que enmendar en ellos, firmaron.

—¿Y ahora?, preguntó Morrison.

—Ahora se lo contaré todo.

Y se puso á relatar su aventura subterránea, mostrando los documentos á medida que hablaba. Los dos yanquis examinaron sucesivamente los papeles, las notas y la especie de testamento de Kennington con esa curiosidad casi infantil que se oculta bajo la flemma del anglo sajón.

—No he traído más que una pepita, dijo al terminar Dervilly, sacando de un saquito un pedazo de oro virgen de unos cinco ó seis kilogramos; los hay mayores y sobre todo hay muchos más pequeños y una cantidad enorme de arena aurífera muy rica. Como dije á ustedes, á primera vista puede calcularse que vale aquello dos ó tres millones de dólares; pero no me sorprendería que valiese dos, tres ó seis veces más.

Calló Dervilly, y Abbot, que le había escuchado en silencio, hizo esta observación:

—De todos modos, ha entrado usted allí dentro por nuestra puerta, y hubiéramos podido pleitear..., y ya sabe usted que nuestras leyes son aún más rigurosas que las francesas.

—¡Vamos, Abbot!, exclamó Archibaldo. Confiese usted que el muchacho ha llevado el asunto admirablemente y que habría sido muy desagradable que no hubiese sacado provecho de su habilidad.

—¡Es cierto, es cierto!, contestó Abbot sonriendo maliciosamente. De todos modos, los negocios son los negocios. En fin, ya está hecho y no estoy descontento; pero de haber sabido antes lo que ahora sé, me habría resistido enérgicamente.

—Pues bien, por la primera vez desde que estamos asociados, no hubiera sido esa resistencia de mi agrado, replicó Archibaldo; y no habría tenido valor para apoyarla, ¡qué diantre! ¡Ea, muchacho! Comerá usted con nosotros y vaciaremos una botella del añejo.

## EPÍLOGO

Una lluvia espesa, enorme, envolvía París, cayendo con ruido de ríos, de torrentes, de cascadas, al través de las calles, sobre los tejados y á lo largo de las paredes. De las nubes furiosas y negras salían estampidos de truenos y en aquel inmenso diluvio parecía que el primitivo salvajismo reconquistaba la grandiosidad.

El almirante pataleaba en la estación del Norte, que parecía un fabuloso acuario; el tren llevaba retraso y Jacobo Carlos estaba impaciente. Al fin divisóse entre la niebla la locomotora, y apareció la fila de vagones chorreando agua y en un estado lastimoso. La mirada rápida del marino distinguió en seguida á Dervilly, acompañado de dos individuos, uno de ellos extraño cuando menos, y el otro del todo extravagante: el primero tenía el rostro y la tez característicos de los indios Pielas Rojas; el segundo, bajo, con pies enormes, busto más parecido al de un oso que al de un hombre, costillas en forma de ojivas, brazos excesivamente largos, orejas de lobo y ojos de ave nocturna, andaba balanceándose y vestía un traje de color de greda. La sorpresa del almirante no duró más que unos segundos: ¡había visto y hecho tantas cosas extravagantes en su vida de aventuras!.. Dió á Pedro un fuerte abrazo, grave y cariñoso, y se volvió luego á los dos acompañantes del joven, que se los presentó en inglés:



—Mis amigos Chonn Monn Y Case, descendiente de un gran caudillo de los Ottoés..., y Samuel Porridge, *prospector* de minas, que han tenido la bondad de acompañarme a Europa.

Chonn Monn Y Case correspondió al apretón de manos del almirante con la impasibilidad de un rey ninivita; en cambio, Sam *el Perro* mostróse ingenuamente emocionado.

—Tengo encargadas habitaciones para ellos en el hotel del Pacífico y de Nueva York, añadió Pedro en francés; si usted me lo permite, padrino, los conduciremos al ómnibus.

Cuando Chonn y Sam estuvieron cómodamente instalados en compañía de un intérprete, Jacobo Carlos envolvió a su ahijado en una mirada larga y enternecida.

—Tienes buen aspecto!, exclamó. Pero ¿por qué estás más blanco que cuando te fuiste? Con la vida activa que has llevado, debías volver curtido y con las mejillas tostadas, como un vaquero.

—¿Le extraña a usted esto?, preguntó Pedro sonriéndose. Sepa usted que tiene delante a un hombre de las cavernas, ó mejor dicho, a un hombre subterráneo que sólo veía la luz del cielo de noche, por decirlo así.

El almirante había llevado al recién llegado a un sitio en donde les esperaba un landó eléctrico; antes de subir al carruaje, apoyó afectuosamente la mano en un hombro de Dervilly y le preguntó:

—¿Quiénes son ese indio y ese extraño *prospector*?

—Son verdaderos amigos, padrino, seguros, discretos, leales... Chonn Monn Y Case ha querido ver Europa antes de establecerse en sus enormes dominios del valle del Cinnamon Bear... También ha tenido empeño, no sé por qué superstición, en asistir al solemne entierro que he mandado hacer en Londres, conforme con sus últimas voluntades, a Jacobo Edward Kennington, un minero de las pasadas generaciones cuya historia contaré a usted algún día... En cuanto a Sam, apodado acertadamente *el Perro*, tiene la pasión de la fidelidad..., y he tenido la suerte de que pusiese en mí su afecto antes que en otro. Se desesperaría tanto de no poder ejercer sus instintos de dogo fiel, que lo conservo a mi lado... Además, me será sumamente útil para los trabajos de paleontología que pienso emprender, porque es un obrero maravilloso de la tierra y sobre todo de la roca.

—¡Magnífico! Una fidelidad así es un gran triunfo en el juego de la vida.

El marino lanzó una mirada fantaseadora sobre París envuelto en la lluvia, y añadió:

—Tus cartas eran muy misteriosas, sobre todo muy lacónicas; no te censuro por ello, al contrario, lo apruebo; pero en resumidas cuentas no sé nada, sino que las noticias son buenas. ¿Cómo lo son?

—En absoluto, almirante. La fortuna ha querido hacer las cosas de una manera mágica.

—¿Eres rico?

—Sí, lo soy; traigo cinco millones... y tras éstos vendrán otros.

—¡Por Courbet!, exclamó Jacobo Carlos. ¡Si que era buena mi mina!

—Quizás lo será andando el tiempo, padrino; pero al presente...

—¿Qué dices?, preguntó el marino con cómico desencanto. No querrás hacerme creer que no ha dado nada.

—Por ahora nada. Si existe, está debajo del agua; una dislocación de la montaña ha transformado en un lago el valle de usted de Sierra Nevada.

Jacobo Carlos soltó la carcajada con encantadora alegría juvenil.

—¡Es un símbolo! Mi mina ha sido lo que el acto de fe para el creyente... Y ¿quieres que te sea franco? Vale más así: es delicioso ser un *self made man*, un vencedor de destino... Ea, ya hemos llegado..., ahora me lo contarás todo y luego prepararemos juntos la batalla suprema.

Aproximábase el crepúsculo, un crepúsculo sombrío, casi fúnebre, en el que apenas brillaba un globo de fuego de color cobrizo allá en el fondo del cielo parisiense, detrás del Arco de Triunfo. Dervilly había terminado su larga confidencia, y el almirante, con el brazo apoyado en su hombro, murmuraba:

—Aunque ahora no alcances la manzana de oro..., tu leyenda es bastante hermosa para infundirte valor y energía.

Pedro palideció, y mirando al marino con expresión suplicante y dolorosa, díjole:

—No me disimule usted nada; si no hay esperanza, vale más que lo diga usted en seguida.

—No he querido saber nada, respondió el marino. Juana y tú debías arreglarlos solos; era más digno y más noble... y menos triste también si la suerte se te mostraba adversa. De modo que, dentro de poco, tú

mismo preguntarás a Juana hacia dónde has de caminar tu vida. He anunciado nuestra visita a mi padre, quien naturalmente nada sabe y aun supongo que nada sospecha. Conque ¡en marcha, hijo mío! Esta misma noche se habrá representado el primer acto de tu existencia.

José Veraines esperaba la llegada de su hijo y de Pedro en un saloncito en donde agradábase ver desfilar los recuerdos al través de su memoria, cada día más débil. En aquella estancia había reunido una porción de fruslerías, sobre todo retratos, que le hablaban un lenguaje que él era casi el único en comprender. Allí recibió a Jacobo Carlos y a Dervilly.

Sentado junto a la ventana, contemplaba una vieja haya, de color de púrpura, oscurecida por la luz cenicienta y melancólica del atardecer. La entrada de su hijo le alegró; también la de Pedro, porque había casi olvidado el trastorno que el joven había producido poco tiempo antes en su casa.

—Estaba soñando, dijo, y empiezo a comprender a esos viejos que no distinguen bien el sueño de la vigilia. Hay horas en que los sueños de la noche tienen para mí más verosimilitud que los actos del día.

Y poniendo lentamente su mano sobre el brazo de Pedro, añadió:

—¿Y usted viene de la plena realidad? Me ha dicho mi hijo que se había ido usted allá..., a América...

Interrumpióse, miró en el vacío como si vislumbrase lejanas regiones, y prosiguió diciendo:

—...Y que había usted llevado una existencia ruda y activa... Con esto tendrá usted hermosos recuerdos para el porvenir...

Mientras hablaba, había entrado silenciosamente en el salón la señora de Veraines, a la que no agradó la presencia del viajero. Una ligera expresión vengativa brilló en sus ojos, pues el regreso de Pedro casi la indignaba; pero luego, creyendo que la separación le habría curado de su locura, le preguntó sonriente, después de dirigirle las primeras frases de bienvenida:

—¿Qué es lo que proporcionará al Sr. Dervilly hermosos recuerdos?

—El haber luchado y quizás sufrido, respondió el anciano. La lucha y el sufrimiento, cuando no ha habido humillación ni decaimiento, son cosas deliciosas... *a posteriori*.

—Sin lucha la vida sería insoportable, dijo María; en cuanto al sufrimiento, ya es distinto... Pase la fatiga..., algo de inquietud también, si se quiere..., pero el verdadero sufrimiento, no; es innoble.

Movió, al decir esto, lentamente la cabeza, y dirigiéndose a Pedro le preguntó:

—Supongo que regresa usted hecho un hombre fuerte, prudente y juicioso.

—Así era cuando se fué, dijo Jacobo Carlos interviniendo en la conversación; pero hay en su vida acontecimientos nuevos. Por lo demás, vuelve *exactamente* igual.

La señora de Veraines, que conocía a su hijastro, comprendió que no había hablado sin intención y bajó los ojos; mas, casi a su pesar, impulsada por su instinto agresivo, replicó:

—En interés suyo hay que desear que, por lo menos, haya olvidado algo.

—¡Nada!, exclamó Jacobo Carlos, satisfecho de la ocasión que su madrastra le ofrecía. Tal como se fué regresa; su inteligencia y su corazón son igualmente fieles a sí mismos. A lo sumo, será un tanto más atrevido, y si no lo es, lo seré yo por él.

Y cogiendo la mano de su padre con ademán brusco, a la vez que cariñoso, añadió:

—Padre mío, en nombre de ese joven pido a usted permiso para pretender la mano de Juana.

José Veraines tuvo un sobresalto de espanto y de miedo, y sin decir palabra, esperó a que hablase María.

—¿No contestas?, dijo ésta después de una pausa clavando los ojos en su marido.

El anciano se decidió a hablar.

—No puedo acceder a esa petición, dijo bajando la cabeza; sería una insensatez.

—Y una cosa indigna del Sr. Dervilly, añadió María con impaciencia.

—¿Por qué?, preguntó con sencillez el almirante.

—¡Demasiado lo sabe usted!, respondió la señora de Veraines. Usted, siendo pobre, jamás habría aspirado a casarse con una mujer rica.

—¡Jamás!, exclamó plácidamente el marino. En mi concepto, quien tal hace comete una gran locura, cuando no una bajeza.

Y viendo que su madrastra le miraba sorprendida, añadió:

—Pero es que mi ahijado no es pobre.

—¡Ah!, exclamó María creyendo adivinar el sentido de la frase de Jacobo Carlos. ¿Acaso?..

Dijo esta última palabra con acento sardónico, pero cortó a tiempo la interrogación, segura, por otra parte, de que la habían comprendido de sobra.

—¡Ah, no!, dijo el almirante contestando a la pregunta formulada a medias. Mi intervención, en la forma que usted supone, no habría convenido a Pedro; no, señora, mi ahijado debe su fortuna a sus propios esfuerzos.

—¿En ocho meses?, replicó María con cierto desdén. ¿Qué fortuna puede hacerse en ocho meses?

—Pues puede realizarse una fortuna de cinco millones, contestó el marino frotándose las manos.

—¡Cinco millones!, exclamó José Veraines estupefacto.

—Y la seguridad de doblarlos..., si no de triplicarlos, añadió el almirante.

Las grandes cifras impresionan aun a los mismos multimillonarios; así es que los esposos Veraines no miraron ya con los ojos de antes «al modesto secretario del almirante», y ambos se sintieron repentinamente dominados por una fuerza extraña. La impresión fué mayor en ella, porque tenía una noción más clara de la energía y del éxito; así es que, sin abandonar su preferencia por la «combinación» Beverley, entendió que no podía rechazar directamente a aquel recién entrado en el mundo de los ricos. El almirante, comprendiendo que era preciso batir el hierro antes de que se enfriase, dijo con voz incisiva, su voz de combate:

—Pedro es digno de cualquiera mujer, sea quien sea, y sobre todo de Juana, porque por ella ha realizado su maravilloso esfuerzo. Entiendo que sería absolutamente injusta la intervención de una autoridad: la partida ha de circunscribirse a los dos jóvenes... Fernando ha tenido ocho meses para defender su causa, por consiguiente Pedro tiene perfectamente derecho a que se le conceda media hora.

Los esposos Veraines nada pudieron objetar; arrastrados por aquel acontecimiento demasiado brusco y demasiado impetuoso, ni siquiera se consultaban ya con la mirada.

—¡Pues bien, sea!, dijo al fin José Veraines. Dentro de unos días...

—¿Y por qué no ahora? Una de dos: ó el corazón de Juana titubea ó, por el contrario, está decidido, y en ambos casos, uno, dos ó tres días no variarán sus sentimientos. Ya la conocen ustedes y saben que no es inconstante.

—Está bien, exclamó bruscamente María, vencida por el deseo de conocer al fin la clave del enigma, pues hacía ocho meses que estaba empeñada en penetrar los sentimientos de la joven sin haber podido aún ver logrados sus deseos. Juana está en el jardín de invierno.

—¿Sola?, preguntó Jacobo Carlos.

—No..., con Margarita, Fernando y miss Lavisham.

—Ven, hijo mío, dijo el almirante cogiendo a Dervilly del brazo. La cosa será más emocionante que en el país de las Cavernas.

Y se llevó a Pedro, que le seguía casi maquinalmente y cuya turbación aumentaba a medida que se acercaba el instante decisivo.

Cuando entraron en el jardín de invierno, Dervilly hubo de detenerse; flaqueábanle las piernas, y la alegría, el miedo, una admiración idolátrica, una humildad infinita, hacían palpar su corazón. Juana estaba allí, en medio de la claridad de las lámparas eléctricas, semejante a una delicada estatua moderna, de ritmo puro, de gracia tímida. Pálido como un mármol, Pedro contemplaba las mejillas finamente cinceladas y suaves como la pulpa de la azucena, de la camelia ó de la flor del agavanzo, los brillantes ojos sombreados por largas y espesas pestañas, la diminuta boca de nácar, de amapola y de cereza, la mágica mata de cabellos apretados sobre sensitivas sienes, y el ondulado movimiento de su cuello de Andromene.

También ella se mostró algo turbada, sin que pudiera definirse si veía con placer ó con temor el regreso de Pedro. Esther Lavisham sólo manifestó una sorpresa discreta; Fernando, ligeramente inclinado, esforzándose por aparentar una cordialidad condescendiente, pero su boca denotaba mal humor. Margarita, en todo el esplendor de su juventud normanda y de su opulenta cabellera, fué la primera en salir al encuentro del recién llegado, exclamando:

—Buenos días, señor aparecido.

Parecía alegre, y quizás lo estaba, porque con la llegada de Dervilly había de resolverse una situación que se eternizaba en una vaguedad intolerable y que la tenía impaciente.

Juana adelantóse, a su vez, con lord Beverley y detrás de ellos iba miss Lavisham, a conveniente distancia, pero sin humildad.

Después de los saludos naturales, hubo un momento de silencio, durante el cual Fernando y Pedro



se observaron con una curiosidad no menos ansiosa en el joven lord, á pesar de que su rostro permanecía impasible, que en el viajero. El almirante maniobró para dividir el grupo, y consiguió llevarse á Margarita, á Esther y á lord Beverley entre las hileras de pitas y cactus y distraerlos con su voluble charla, ayudado maliciosamente por Margarita. Fernando intentó una ó dos veces escaparse por la tangente con la discreción debida; pero cuando Dervilly y Juana estuvieron á cierta distancia, se resignó; además, interrumpir el coloquio de aquéllos habría sido dar pruebas de debilidad y de espíritu mezquino. Se dejó, pues, secuestrar por el almirante sin disgusto y hasta con cierta satisfacción, ya que así podría satisfacer la curiosidad que en él había despertado el regreso de Pedro.

—¿Es definitivo el regreso de su ahijado?, preguntó Margarita.

—No lo sé, hija mía; todo depende de un suceso ligero como un pájaro mosca, de uno de esos sucesos que han de decidir grotescos personajes de tu edad...

—Más grotescos aún son los que hacen depender sus actos de tales acontecimientos, replicó Margarita riendo.

Después, mientras su risa iba perdiendo su naturalidad y sus hermosos ojos disimulaban la intensidad de su mirada, preguntó al almirante:

—Y dígame, ¿continúa siendo tan ridículamente pobre?

—No, respondió el marino gravemente; al contrario, está en camino de ser ridículamente rico.

Fernando se mordió los labios, y volviendo la cabeza, vió fija en él la mirada penetrante de Margarita. Aguantó aquella mirada, y poco á poco se sonrió, enternecido por la gracia de aquella hermosa criatura; no era la primera vez que la encontraba divina, pero nunca como en aquel momento de incertidumbre y de ansiedad.

Dervilly y Juana caminaban sobre la tierra rojiza de una pequeña avenida de adelfas. Juana fué la primera en hablar, porque Pedro estaba como anodado y había perdido de la memoria todo cuanto quería decir. Juana comprendía su turbación, que producía en ella cierto inquieto malestar, y quizás habría preferido aplazar la entrevista para más tarde; sin embargo, nada quiso hacer para rehuirla. Después de contestar á algunas preguntas insignificantes, dijo Dervilly en voz baja y haciendo un gran esfuerzo:

—Juana, cuando partí..., existía entre los dos una especie de convenio..., usted me prometió que me esperaría...

Habíanse detenido; Juana permanecía con la cabeza inclinada, estaba algo pálida y su rostro denunciaba su emoción.

—¡Oh!, exclamó vivamente Dervilly al verla en aquella actitud. Crea usted que nunca se me ha ocurrido la idea de estorbar su libre elección, jamás pensé que debiera usted esperarme si prefería á otro, y si únicamente en el caso de que su corazón vacilase, pues cualquier otra esperanza habría sido vana y absurda. Además, recuerdo á usted esto únicamente para disculpar mi atrevimiento de hablarle de cosas íntimas después de una ausencia que acaso ha hecho de mí una persona indiferente para usted. Si ha elegido usted, evíteme el pronunciar palabras inútiles. Tembloroso y lleno de ansiedad esperó la respuesta.

—He elegido, contestó Juana emocionadísima.

Dervilly se estremeció; el presente se le apareció terrible; el porvenir, vacío, árido, tenebroso.

—Es usted libre, Juana, dijo con voz alterada.

—Pero temo, replicó vivamente, que no me ha entendido usted. Ignoro si soy enteramente libre; usted es quien ha de decírmelo... He aguardado á usted fielmente, tal como habíamos convenido.

Pedro volvió hacia ella su rostro, en el que renacía una vaga confianza; mas parecióle tan gran locura el confiar, que apartó sus ojos de Juana, lanzando un gemido.

—Si ya ha elegido usted, ¿qué es lo que he de decirle?

—¡Dios mío! Bien podría usted adivinarlo, respondió Juana con dulzura y timidez, pero también con cierta impaciencia. ¿Qué fué lo que convinimos?

—Creí, contestó Pedro con amargura..., creí que me amaba usted.

Las mejillas de Juana se tiñeron de un ligero rubor.

—Ciertamente que le amaba; de lo contrario, ¿cómo le habría hecho una promesa? Pero entonces, no sabía aún *todo* lo que yo haría; hoy, en cambio, estoy resuelta: no seré de nadie ó de...

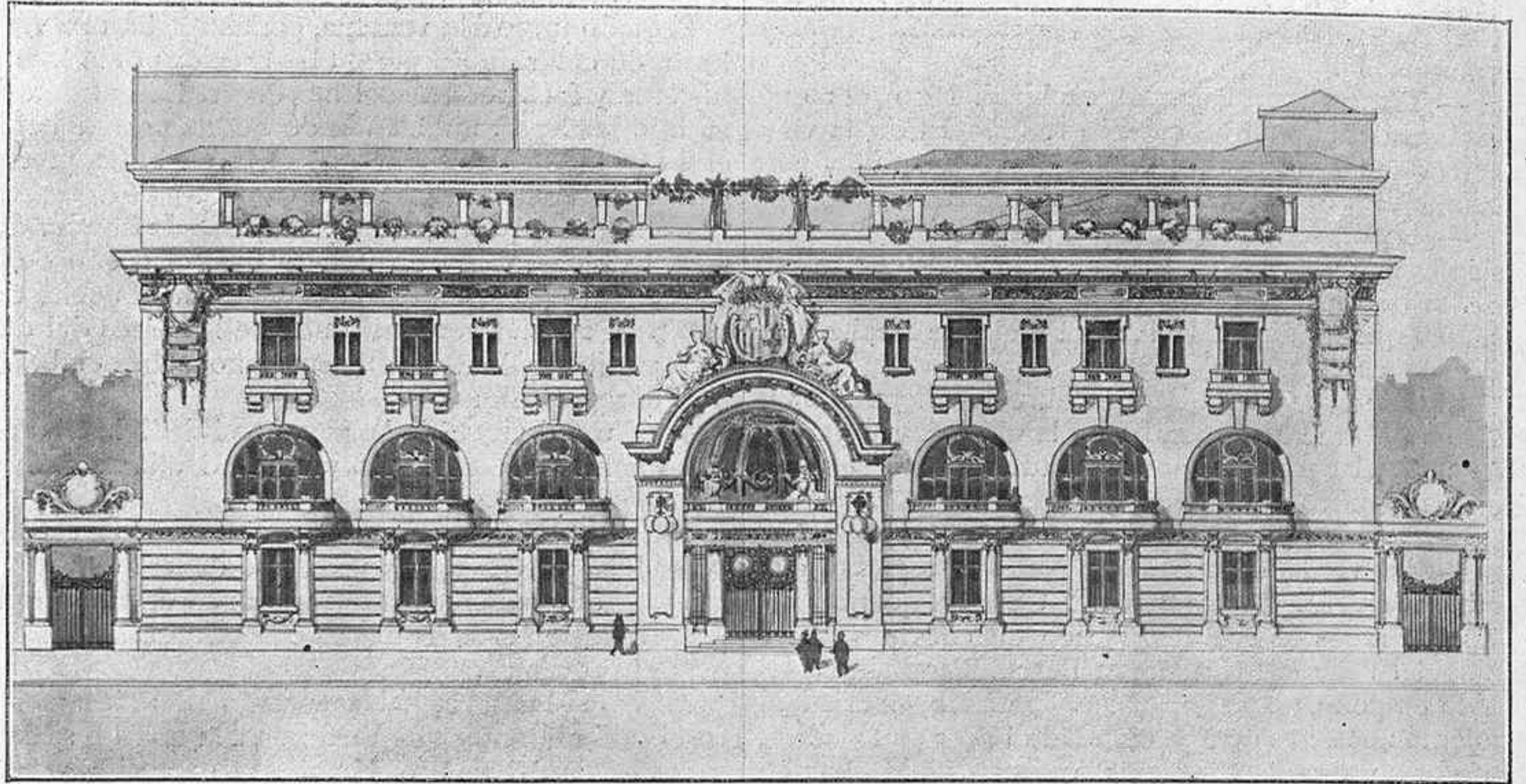
No concluyó la frase; una palpación encantadora agitó su pecho; su vacilación y sus reticencias, que podían ser hijas de la bondad ó del pudor, colmaban alternativamente á Pedro de temor y de esperanza. Al fin, comprendió que, fuese cual fuese el desenlace, á él tocaba pronunciar la palabra decisiva.

—¡Juana, Juana!, murmuró. Una palabra no más, esa palabra por la cual he luchado desesperadamente contra los hombres y contra las cosas, esa palabra por la cual he cruzado el Océano, esa palabra que puede hacerme grata la vida. ¿Me ama usted aún?

—¿Y no lo ha adivinado usted?, respondió la joven con acento de reproche.

Pedro dió un grito de alegría, y cogiendo la delicada y temblorosa mano de Juana, estampó en ella un beso apasionado.

—¡He triunfado, Juana, he triunfado! ¡Por tu belleza y por tu amor!



Fachada principal del Kursaal de Barcelona en proyecto

Regresaron con paso lento, y en la cara radiante de Pedro y en los resplandecientes ojos de Juana leyó Beverley que había terminado la lucha en que estaba empeñado desde hacía tanto tiempo. Por un instante sintió un impulso de rebeldía; pero escrutando el fondo de su alma, encontró en ella un gran despecho, sí, pero ningún pesar. Como poco antes, su mirada se cruzó con la de Margarita, y por vez primera se atrevió á confesarse que, de no haber mediado circunstancias particulares, más bien que á Juana habría pedido la felicidad á aquella criatura de cabellos de oro. Y como acontece en los momentos de gran turbación y cuando un instinto ha trabajado mucho tiempo en lo más íntimo de nuestro ser, desvaneciéronse casi instantáneamente sus antiguos proyectos, y sus ojos permanecieron largo rato fijos, con expresión admirativa y dulce, en Margarita.

—Margarita, dijo al fin, he de hacer á usted una confidencia... Si quiere usted mañana...

—¿Por qué mañana?, exclamó la joven dejando asomar á sus labios su hermosa y rítmica sonrisa. ¿Acaso no está «preparada» esa confidencia para esta misma noche?

—Sí, respondió Fernando con viveza; mas no quisiera ser importuno.

—Quizás lo será usted más aún mañana...

—¡Tiene razón la chiquilla!, exclamó el almirante con sonriente brusquedad y radiante de satisfacción á causa de la felicidad de Pedro.

Fernando y Margarita se alejaron lentamente alumbrados por la claridad lunar de las lámparas eléctricas. De pronto, el joven lord, algo turbado, emocionado en extremo y en tono cariñoso, suspiró:

—Margarita, va usted á burlarse de mí...

—Sí, respondió la joven, y bien merecido le está, porque ha cometido una serie de tonterías por haberse obstinado en hacer lo que no deseaba... Ya era hora de que se detuviese usted en ese camino.

—Y de...

Vacilaba y balbuceaba las palabras sin terminar la frase.

—¡Y de amarme!, dijo Margarita completándola. ¡Cuánto tiempo hace que se moría usted de ganas de quererme!

Beverley la envolvió en una mirada de éxtasis.

—Y usted, ¿me amará un poco?, preguntó.

—¡Ya lo creo! Como que sólo esperaba que abjurase usted de su herejía. Y ahora, lord Beverley, es preciso que se postre usted á mis plantas y que me pida perdón.

Fernando hizo lo que Margarita le ordenaba, y llevando humildemente á sus labios el flotante cinturón de su amada, murmuró:

—En la próspera y en la adversa fortuna.

## KURSAAL DE BARCELONA

La empresa que va á construir el *Kursaal de Barcelona* no se propone dotar á nuestra ciudad de un nuevo teatro por el estilo de los actualmente existentes, sino de un verdadero palacio de espectáculos modernos, en donde se cultivará el arte escénico en sus más variadas manifestaciones, desde las obras de verdadero valor literario ó musical, hasta las *feeries* y grandes bailes, cuyo principal atractivo es una *mise en scene* espléndida y complicada.

El *Kursaal*, de cuya grandiosidad y acertada

distribución dan perfecta idea el plano y las dos vistas que reproducimos, se levantará en el local en que hoy está el teatro del Tivoli. El edificio, de estilo Luis XVI, ha sido proyectado por el arquitecto M. Marquet, laureado de la Escuela de Bellas Artes de París, en colaboración con el conocido arquitecto barcelonés Sr. Plantados; ocupará una superficie de 3.281 metros cuadrados, su fachada tendrá



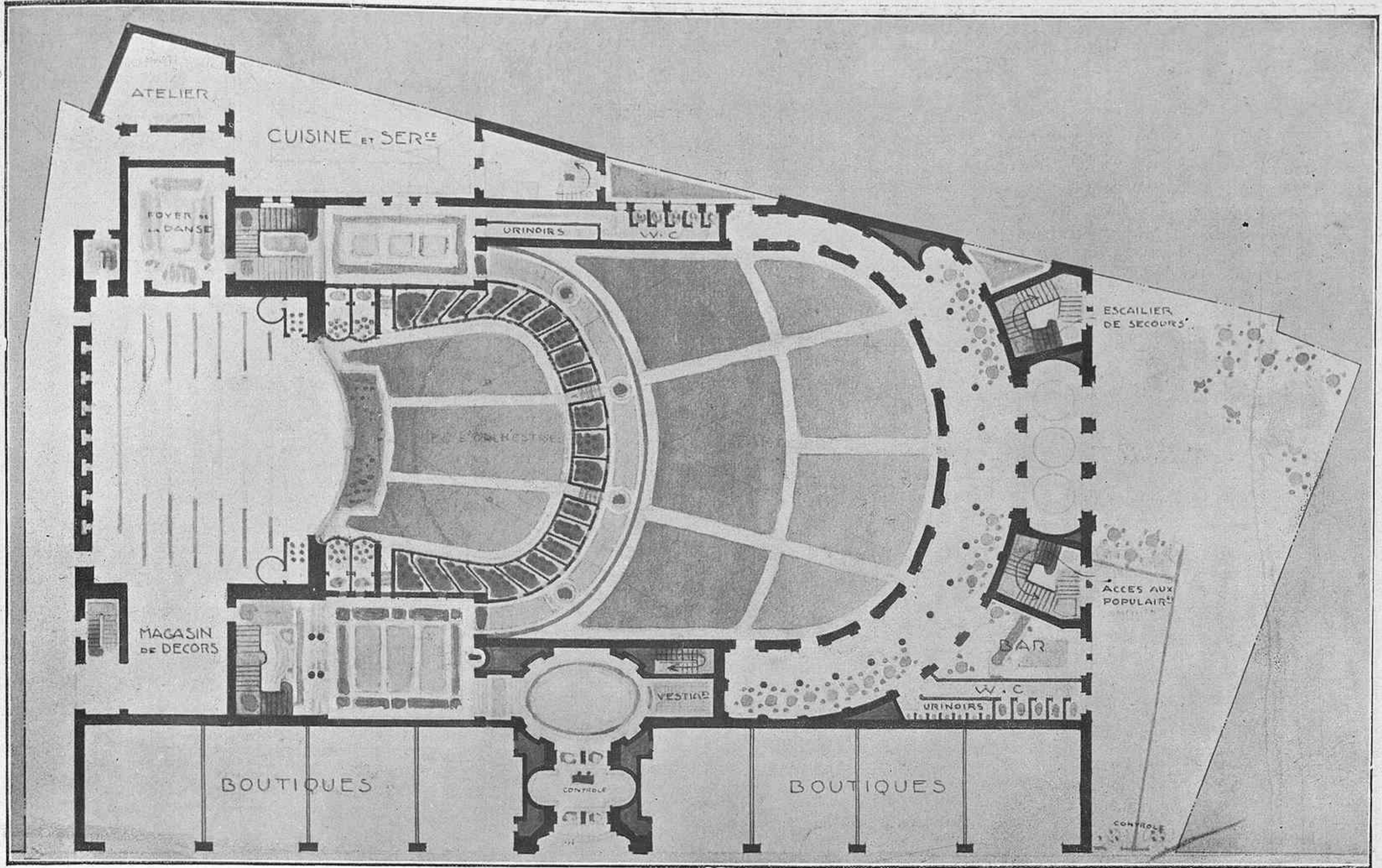
Vista interior del restaurant del Kursaal

setenta metros, y estará enteramente separado de las casas contiguas, lo que, aparte de las consideraciones de comodidad, higiene y seguridad, permitirá que luzcan con toda su belleza las líneas y los pormenores arquitectónicos.

El edificio quedará dividido en dos cuerpos separados, sin la menor molestia para el público situado en cada uno de ellos, antes al contrario, con mayor comodidad para ambos. Este sistema de dividir la sala de espectáculos en dos partes independientes ha sido ya puesto en práctica en *The Empire*, de Londres, y los resultados de tal disposición no han podido ser más satisfactorios. Los que concurren á las localidades de preferencia entrarán por el vestíbulo central y tendrán á su disposición sala de lectura, vestuario, salón de exposiciones y un restaurant, que será sin duda uno de los más espléndidos locales de Barcelona.

La entrada general será por la verja de la derecha,





Plano general del Kursaal de Barcelona, proyecto del arquitecto M. Marquet, laureado de la Escuela de Bellas Artes de París, en colaboración con D. J. Plantada, arquitecto barcelonés

y para esa parte del público habrá un jardín circular, varios bars, galerías de paseo, etc., todo cómodamente instalado y dispuesto para que la estancia allí resulte por demás agradable.

El sistema de ventilación se ajustará á los más modernos adelantos de la higiene; además, gracias á un ingenioso mecanismo, podrá, en la estación calurosa, levantarse el techo, quedando descubierta enteramente la sala de espectáculos.

El escenario, de 12 metros de boca por 20 de fon-

do, tendrá un servicio eléctrico perfecto y estará dotado de todos los servicios que el estado actual del arte escenográfico requiere, pudiendo parangonarse con los mejores del mundo.

Una de las curiosidades del Kursaal será el foyer de la danse, decorado con mayor riqueza que el de la gran Opera de París. No será público, sino reservado á una parte de los accionistas y constituirá una verdadera exposición de objetos y documentos de la historia del Teatro.

La cabida del Kursaal será de 4.200 localidades, mayor, por consiguiente, que la del Liceo.

Las obras comenzarán en breve, bajo la dirección del coautor del proyecto Sr. Plantada.

No terminaremos esta ligera descripción sin felicitar á la sociedad del Kursaal y agradecerle que dote á Barcelona de un teatro á la altura de los mejores del extranjero y digno de la importancia de nuestra capital. —T.

(Fotografías de Audouard.)

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**  
 El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
 SOBERANO CONTRA  
**CATARRO - ASMA - OPRESIÓN**  
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
 Todas Farmacias.

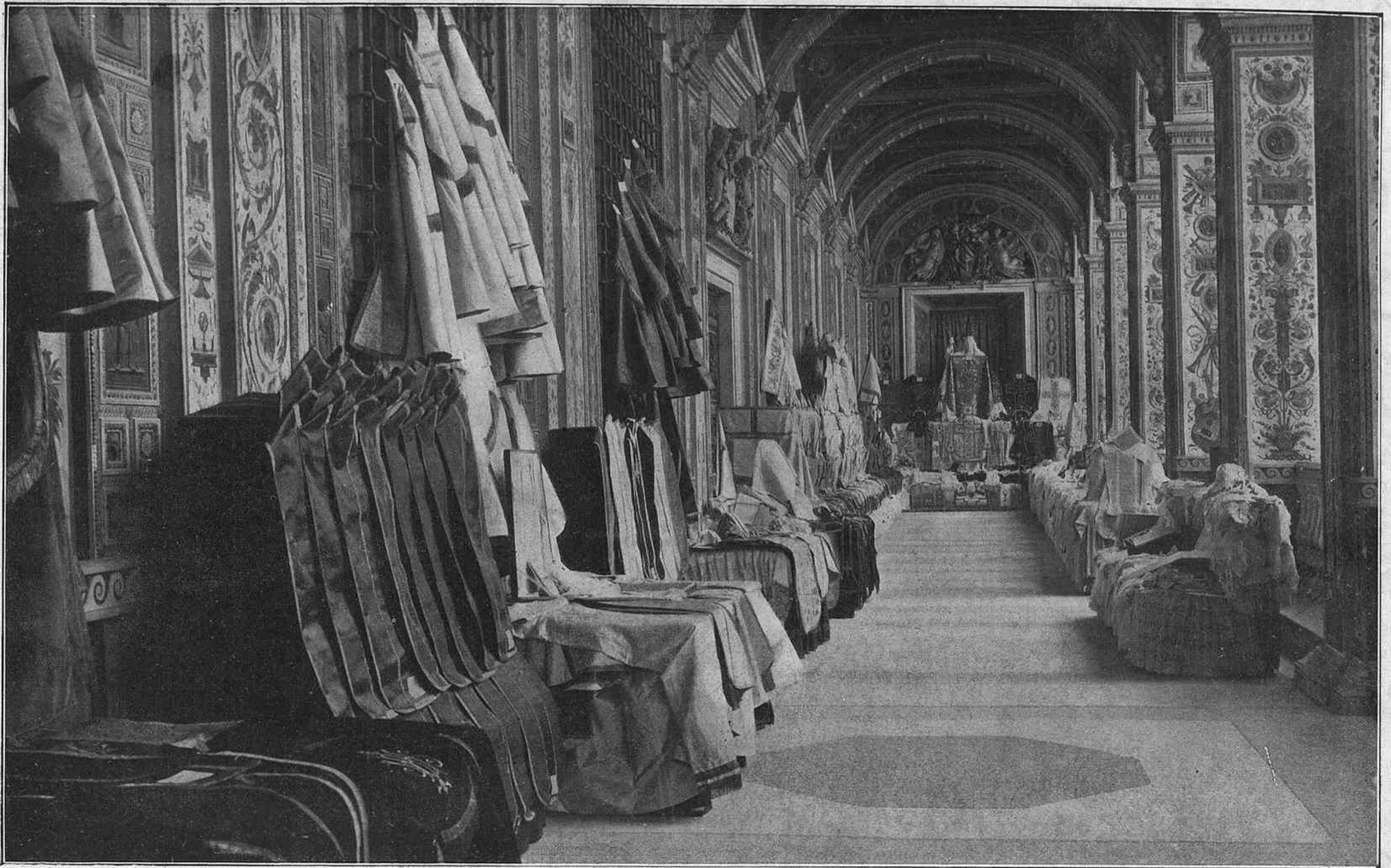
INFLUENZA ★ RACHITIS  
 ANEMIA VINO CLOROSIS  
**AROUD**  
 CARNE - QUINA - HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
 \* Célebre Depurativo Vegetal \*  
 cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.  
**EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO**  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
 Todas Farmacias.

Primera Dentición  
**JARABE DELABARRE**  
 Facilita la salida de los dientes  
 y previene todos los Accidentes de la Dentición.  
 Exíjanse el Nombre de Delabarre  
 y el Sello de la "Union des Fabricants".  
 FUMOUZE - PARIS

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**  
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.**





Jubileo sacerdotal de S. S. el papa Pío X.—Exposición de los regalos ofrecidos á S. S por los católicos españoles  
En el fondo están instalados los de la familia real de España. (De fotografía de Abeniácar.)

Con motivo de su jubileo sacerdotal, S. S. el papa Pío X ha recibido innumerables regalos de todo el orbe católico. Muchos de ellos son joyas de grandísimo valor, como la cruz del emperador Francisco José que reprodujimos en el número 1.403 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; pero en su inmensa mayoría consisten en vestiduras sagradas, ornamentos religiosos y otros objetos del culto, por haberlo así solicitado especialmente el pontífice, á fin de poder atender á las necesidades de las iglesias pobres.

Todos los presentes han sido expuestos en la Galería de las Cartas del Vaticano; una de las instalaciones que más han llamado la atención ha sido la de los católicos españoles y la de la casa real de España, que reproduce el adjunto grabado, y en la cual figuran al lado

de las prendas más modestas muchas notables por su riqueza unas y otras por su valor artístico.

Las fiestas del jubileo han sido espléndidas. Todos los soberanos han enviado á Roma embajadas extraordinarias, y de todo el mundo católico han llegado al Vaticano numerosas peregrinaciones. La misa de oro, celebrada por Pío X el día 16 de noviembre último en la basílica de San Pedro ante una concurrencia de 50.000 fieles, fué una ceremonia conmovedora y de grandiosa solemnidad. En el momento en que, después del Santo Sacrificio, dió el papa su bendición al pueblo, la enorme muchedumbre, á pesar de haberse prohibido las aclamaciones, no pudo contener su entusiasmo y prorrumpió en vivas á Pío X.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS DRES**  
**JORET & HOMOLLE**

CURA  
**LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y tenso

Casa CANDÈS

16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

**PILULES de BLANCARD**

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SÍMBOLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PATE EPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑE Y SIMÓN